

ALA

CRISTINA FALLARÁS

PUTA

CRÓNICA DE UN DESAHUCIO

CALLE

bronze



A LA

CRISTINA FALLARÁS

PUTA

CRÓNICA DE UN DESAHUCIO

CALLE

bronce



Título original: *A la puta calle*
Cristina Fallarás, 2013

*A la Plataforma de Afectados por la Hipoteca,
imprescindible*

A mis razones, Lucas y Pepa

A LA PUTA CALLE CRÓNICA DE UN DESAHUCIO

Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos.

Artículo 47 de la *Constitución Española*

desahuciar. (De *des-* y *ahuciar*). 1. tr. Quitar a alguien toda esperanza de conseguir lo que desea. U. t. c. prnl. 2. tr. Dicho de un médico: Admitir que un enfermo no tiene posibilidad de curación. 3. tr. Dicho de un dueño o de un arrendador: Despedir al inquilino o arrendatario mediante una acción legal.

Diccionario de la Lengua Española
(Real Academia Española)

Gobernar, a veces, es repartir el dolor.

ALBERTO RUIZ-GALLARDÓN, ministro de Justicia,
12 de diciembre de 2012

Nosotros somos los que no esperamos ya el principio de mes

Ustedes dicen y escriben diferencial en máximos, test de confianza, rentabilidad del bono. Pero nada escriben de la vuelta al jabón de sebo en pastilla, de la leche alargada con agua, del agujero en cada camiseta.

Ustedes manejan el *spread* y el *bund*, la emisión de deuda, los fondos de inversión. Pero nada saben del pánico a septiembre sin batas de colegio, del Mamá, ¿otra vez arroz?, de la bota infantil robada en el mercadillo.

Ustedes publican y enuncian repunte de la rentabilidad, bonos basura, reducción de la volatilidad. Pero ignoran las sudadas tardes de cola en el locutorio, el barullo frente al contenedor de los desperdicios de la hamburguesería, la mirada baja frente a la entrega del kit de alimentos, jabón, compresas y pañales.

Nosotros no entendemos nada de esas cosas suyas, el incremento de la ratio de cobertura, primas, riesgos, test, mercados. Pero ustedes entienden mucho menos de lo nuestro. No entienden nada de nada, porque son los únicos que estrenan trajes, porque el pánico peludo hay que haberlo vivido, y la miseria.

Nosotros somos los que no esperamos ya el principio de mes.

Ustedes hablan, escriben, saben de conceptos, qué cómoda es la abstracción, qué poco dura el relato cuando duele. Qué risa, la teoría del relato en política.

Ustedes son de los que creen que lo que no se nombra no existe. Ustedes acostumbran a pensar que los pobres y los desahuciados no saben escribir ni expresarse.

Ya verán qué pronto se les va a pasar.

Los desahucios y su asunto narrativo

La tarde del martes 13 de noviembre de 2012 me senté a escribir una crónica para el diario *El Mundo*. Aquella iba a ser una tarde como de fiesta en casa, la víspera de una huelga general siempre tiene su jolgorio, sus helicópteros y su Raimon. Me fastidió aquella celebración un tipo que venía del juzgado y que, pese a que yo sabía que acabaría llegando, consiguió dejarme helada, pegada a un cambio de vértigo, un cambio que entonces no habría sabido enunciar.

En el momento en el que me senté ante el teclado, en la galería de una casa que nunca ha sido ni será ya mía pero donde vivo con mis hijos desde que el mayor cumplió tres, en ese preciso instante dejé, no sé aún por cuánto tiempo, de ser una escritora, periodista y editora, para convertirme en una desahuciada. Eso sí, una desahuciada capaz de narrarlo por escrito, de contarla argumentado ante una cámara y con experiencia, algo sumamente cómodo, claro. Un testimonio directo en primera persona resulta muy cómodo e impactante. Periodismo, por lo visto, de santísima trinidad, objeto, sujeto y análisis. Una y trina.

Para entender la existencia de este libro y la multiplicación de mi desahucio en los medios de comunicación, es necesario leer esa crónica que publiqué el día 15 de noviembre de 2012 en *El Mundo*, donde tengo un blog semanal bajo el epígrafe de «Ellas», antetítulo incómodo que preveía notas sobre lo femenino. Algunas asomarán por aquí, pero ésta resulta imprescindible, porque sin ella no existiría este libro ni podría entenderse su arranque.

Allá va.

Llega mi desahucio

A las 19.40 suena el timbre de la puerta. Abre Lucas (10), y Pepa (4) sale corriendo a ver quién llega. Como mañana es día de huelga y no van a ir al colegio, tienen ánimo de viernes.

—Mamá, es un señor.

Por las mañanas, cuando trabajo sola en casa, no suelo abrir la puerta. Las puertas de la mañana siempre abren malas noticias. Pero las ocho menos veinte de la tarde suelen traer amigos o un vecino al que se le ha caído un calcetín.

En cuanto enfrento al tipo del rellano sé lo que acaba de llegar.

—Le traigo una comunicación del juzgado.

Bajo el brazo derecho lleva un paquetón de folios, calculo que unos trescientos. Con la izquierda me tiende un papel.

—¿Es la orden de desahucio? —pregunto.

Llevo ya algún tiempo esperándola, desde que el BBVA me comunicó que si quería saber algo de mi hipoteca me pusiera en contacto con los servicios jurídicos. Cuando una oye en la oficina bancaria «servicios jurídicos», sabe que las cosas han pasado a un lugar en el que se manejan otras palabras, otros términos. Es una sensación similar a la que provocaban «las cosas de los mayores» en la primera adolescencia. Tendrás que vivirlas, vas a oírlas, pero lo esencial se te va a escapar.

—Bueno, más o menos —el tipo titubea—. Tiene usted que presentarse en el juzgado y firmarme esto.

—¿Y si no lo firmo?

—Le va a dar igual.

A lo lejos se oyen los primeros petardos, que calientan una huelga general que alguna lumbre, ya me da igual de qué partido, ha calificado de «huelga política», como si hubiera alguna huelga que no lo fuera. Qué sabrán.

—Niños, id tirando hacia el salón.

Firmo. Total... Firmo y agarro el paquetón de folios. Juzgado de Primera Instancia 4, Barcelona. Gran Vía de les Corts Catalanes, 111. Procedimiento Ejecución Hipotecaria xxx/2012, Sección 2C. Parte demandante: BANCO BILBAO VIZCAYA ARGENTARIA, S. A. Procurador: IRENE SOLÀ SOLÉ. Parte demandada: Cristina Fallarás Sánchez. Me detengo a pensar que el nombre del demandante y el de la procuradora están escritos en mayúsculas y el mío en minúsculas. Qué curioso las cosas que nos llaman la atención cuando la realidad se empina y hace frío.

Hay amigos en casa. Dejo el taco de folios sobre la repisa y hablo con ellos de las cosas de la huelga. He publicado un artículo donde enumero las razones —las primeras que me han venido a la cabeza, tengo muchas más— por las que me sumaré. Luego, les paso los folios y me voy a la galería. No quiero que se rompa la sensación que he conservado intacta durante los meses que lleva recorridos mi proceso de desahucio —un desahucio es un camino largo, muy largo, en el que cuando interviene el juez tú ya andas un poco menos recta, esos crujidos por la noche—, la sensación que he guardado bien: no me puede pasar a mí, aunque diga (yo) que nos puede pasar a todos, aunque no pueda pagar, aunque esté entre los primeros despidos de la crisis, hace ya cuatro años. No quiero que se rompa la sensación de que si sigo trabajando, si sigo escribiendo, si sigo publicando pasará algo. ¿Qué? Yo qué sé.

Cuando empezó todo esto, mis amigos me preguntaban: ¿Y qué harás si te desahucian? Mi respuesta siempre era la misma: No puedo pensar en eso, tengo que seguir adelante, si dejo de pedalear me caigo. Cuando una persona deja de pagar su alquiler o su hipoteca es porque no tiene dinero para hacerlo. Parece de Perogrullo, ¿no? Cuando una persona no tiene dinero para pagar su casa, si se la quitas o si te la da —la dación en pago es una medida rastrera—, ¿dónde crees que puede ir? ¿Crees que alguien le va

a alquilar un piso? Y en el remotísimo caso de que así sea, ¿cómo va a pagarla (de nuevo)?

Me siento en el ordenador de la galería. Creo que todas estas cosas hay que contarlas, como los despidos de embarazadas, como las diferencias de salarios, como cualquier abuso. Creo que hacerlas públicas ayuda a que hayamos llegado al punto en el que estamos. Miserable, sí, pero punto al fin, con información circulando. Así que enciendo el ordenador y, por inercia, me doy un paseo por los periódicos digitales.

Leo:

Gobierno-PSOE: día y medio con los desahucios sobre la mesa

Gobierno y PSOE se dan un día más para cerrar un acuerdo contra los desahucios

Me sorprende no sentir rabia. La furia con la que he vivido durante los últimos dos años ha dado paso a una sensación de desánimo, vergüenza y soledad. Aquéllos a quienes los ciudadanos elegimos para que gestionaran este país no sólo no han estado a la altura, sino que han desertado, han dado la espalda a las personas que dependen de ellos, de sus decisiones, de las leyes que dicten. Los unos y los otros, todos. Los ciudadanos españoles ya no creen en el papel de sus políticos. A mí me parece sencillamente que no hay gobierno, y me abruma este país que veo retroceder, con peineta y banqueros, hacia épocas que no recuerdo haber vivido.

Termino de escribir esto a las 23.45. En un cuarto de hora empezará la segunda huelga general del año. Yo estaré ahí. Contra todos ellos. Política, claro.

Este libro no es un ensayo sobre los desahucios ni sobre la crisis económica en España. En este libro no va a encontrar listas de cifras, cuadros y estadísticas. Ya a nadie le cabe duda de cuánto han robado los bancos, de cómo les han ayudado los sucesivos gobiernos, y de que cientos de miles de personas corren el riesgo de dormir al raso. Muchos ciudadanos, sobre todo

aquellos que lo padecemos, lo tenemos claro. Sin embargo, otros muchos millones aún se muestran incapaces de creer que les pueda pasar lo mismo. Este libro es la narración de mi desahucio, un proceso de hundimiento en la miseria que arranca el día que me despidieron de un diario, a finales de 2008, y termina aquella tarde del 13 de noviembre de 2012 en la que el tipo llamó a la puerta y me convirtió en una desahuciada.

Cunde la idea, porque la comunicación necesita cuadrar los términos, de que un desahucio —en el caso de los pisos en propiedad— se produce en el momento en el que llega la policía y te desaloja de la vivienda que hace tiempo que no pagas, después de que un juez haya decidido que dicha vivienda debe volver a su verdadero propietario, el banco que te concedió un crédito para comprarla. Se trata de una visión corta y falsa. El proceso de un desahucio es mucho más largo. Si nos atenemos a lo estrictamente judicial, un desahucio arranca el día que tu crédito pasa de lo que llaman «crédito dudososo» a lo que llaman «mora». Es decir, cuando dejas de pagar la tercera cuota de la hipoteca; cuando ya son tres plazos, tres meses, los que no has pagado. Entonces, la oficina bancaria se desentiende de ti y pasas a tratar con algo llamado «servicios jurídicos», lo que supone dejar de tratar con personas y pasar a hacerlo con mecanismos. Después de eso, llega un tiempo indeterminado, según tu capacidad de trampear o de engatusarlos, hasta que tu caso pasa al juez y el juez decide que te echen de la casa. Pueden ser cinco o seis meses; puede ser, como me pasó a mí, más de año y medio. Durante todo ese tiempo, tú —y tu familia, si es el caso— ya no tenéis vivienda, y la vida se convierte en una carrera para ver dónde encuentras cobijo, techo, guarida. Porque hasta las bestias necesitan su madriguera.

Sin embargo yo voy a ir más allá, porque considero que en una situación como la de la crisis actual española, con cerca de un 30 por ciento de la población en paro y una creación de empleo igual a cero, el desahucio arranca cuando te dejan sin trabajo, cuando te despiden. De ahí que a los desahucios derivados de la burbuja inmobiliaria, los desahucios de segundas residencias —algo que mi generación no conoce, desde luego— y similares, se hayan sumado en los últimos dos años los desahucios de

familias que no han especulado con la vivienda, que no se han lucrado con la burbuja ni el ladrillo, que simplemente tenían la posibilidad de pagar un piso, en condiciones normales, y que de la noche a la mañana se han visto privadas de las herramientas para lo que se conoce como ganarse la vida. Ganarse la vida es algo en lo que uno piensa a menudo en el larguísimo camino que va desde el despido hasta el desahucio.

Por eso, esta crónica de mi desahucio parte del momento en el que me despidieron del diario en el que trabajaba como subdirectora. Y recorre, paso a paso, el calvario que termina en la orden de desahucio.

Probablemente estas consideraciones no son aplicables a otros momentos históricos, pero es que no conocemos una situación semejante a la española, que ha pasado de los 1 833 900 parados que había al inicio de 2008 a los más de seis millones que la Unión Europea nos calcula para uno de estos meses, quién sabe si ya cuando usted lea estas líneas. En toda la Unión Europea, incluso en todo lo que conocemos como Occidente, se está viviendo una crisis durísima. El caso de España es único, por este desempleo sin precedentes. Quien no quiera verlo será sencillamente porque aún no le ha tocado. Y hay que tener en cuenta que esta lotería fúnebre ya no les toca sólo a los miembros de lo que se denomina, malditas palabras, «los más desfavorecidos». Esta lotería ha empezado a tocarle con furia a los miembros de lo que llaman clase media profesional. Elija usted dónde se encuentra y mire bien sus números.

Yo soy una más, un ejemplo de todo esto. Sólo eso. Y esta narración es un ejemplo de la dificultad, la enorme e increíble dificultad que las personas que aún no han caído en el hoyo tienen de entender que el problema de los desahucios y el desempleo ya no es cosa de unos pocos, sino que representa la situación de un gran porcentaje de la población. Por eso este libro no es una compilación de datos —hay muchos, basta con buscarlos en internet—, sino la descripción de cómo sucede un desahucio, qué pasos llevan hasta él y cómo afecta a la vida del desahuciado, a su familia y a las relaciones con el entorno.

Desde lo alto del monte Niesen, tus huesos contra 11 674 peldaños

O sea, que todo esto que voy a contar empieza el día que me despiden.

Dicen los suizos que la escalera más larga del mundo es la que trepa el monte Niesen, un pico de 2363 metros y forma piramidal. Son 11 674 peldaños, construidos entre 1906 y 1910, que arrancan a 693 metros sobre el nivel del mar y alcanzan los 2362.

Bien, ahí están, casi tres kilómetros y medio de escalones. Ahora imagine que se encuentra en lo más alto de ese infierno, mirando hacia abajo, y le dan una patada en los riñones. No una patada infantil, no la patadita de uno que sale de su coche porque le has rozado con la moto, ni siquiera la patada de un imbécil que se ha pasado con los tóxicos y busca bronca, sino la patada más huracán de Bruce Lee en su mejor época. La madre de todas las patadas. PUM, en los riñones. En los momentos de crisis como la actual, esa patada es el despido y, una vez la ha recibido, no dejará de rodar, canto a canto, filo a filo, hasta el suelo, allá lejísimos, unos once mil golpes más abajo. El suelo contra el que se da de bruces lo que queda de usted es el desahucio. Lo que queda de usted.

Sí, todo esto empieza el día que te despiden, chau, usted ya no puede estar aquí, ni siquiera gratis, ni siquiera para fingir que trabaja. Primero te despiden. A la puta calle UNO. Luego te comes el paro. Luego te meriendas los ahorros. Luego te cortan los suministros y te desahucian. Ñam, ñam, ñam. A la puta calle DOS.

A mí me patearon el riñón exactamente el día 17 de noviembre de 2008 a las 10 de la mañana. Trece días después, cuando ya había empezado a

despeñarme, nacía mi hija. Por eso no me olvido. Cuatro años menos cuatro días después llamó a mi puerta el tipo con los trescientos folios de eso llamado Procedimiento de Ejecución Hipotecaria. Desahucio. O sea, que he tardado cuatro años menos cuatro días en recorrer los 11 674 peldaños del monte Niesen. Cada uno tarda lo que tarda. Pero tranquilos, la mayoría llegaremos a estrellarnos en esta piedra del final.

El año que me despidieron, a mí y a otros cientos de miles de trabajadores en España, empezó con 1 833 900 parados y terminó con 2 590 600. O sea, que me sentí parte de un colectivo, como quien dice, un grupo que nos parecía tremebundo, una barbaridad insostenible. Ja. El año siguiente, 2009, empezó con 2 590 600 parados y terminó con 4 149 500, que eran ya 4 696 600 a finales de 2010. Y 4 833 700 a finales de 2011.

Esas cifras no han hecho más que aumentar hasta los seis millones de parados que la Unión Europea calcula al cierre de este libro. Y ésa es la ruta que han seguido la mayoría de los procesos de desahucio como el mío. Los informadores, a finales de 2010, alertaban de que la Unión Europea había alcanzado «la dramática barrera psicológica del 10 por ciento». Mientras, en España estábamos rozando ya el 20 por ciento de la población. Y este dato es importante porque el funcionamiento de la crisis en España no ha estado ligado al empobrecimiento de la población en general. O no sólo.

Pongamos que hay dos tipos de desahucio, porque de casi todo va a haber dos en este libro: dos #alaputacalle, dos tipos de salida tras el despido, dos tipos de llanto frente a la miseria, dos veces mil maneras de morirse un poco. Pongamos que hay dos tipos de desahucio porque así los dividen algunos señores que piensan en ello y porque va a sernos útil. Aunque sepamos que hay tantos tipos de desahucio como miles y miles de desahuciados.

(Vamos a usar, para establecer los dos tipos, aquella regla por la que el importe de la cuota hipotecaria debe suponerle a un trabajador o una familia, como máximo, un 30 por ciento de sus ingresos mensuales).

Desahucio tipo A: Es el que cae por su propio peso, fruto de la llamada «burbuja inmobiliaria». Este desahucio deja sin casa a aquellas personas que obtuvieron un crédito «contaminado» o «malo», otorgado por un

sistema putrefacto. El banco que aprobó su crédito sabía que esas personas no podrían pagarla, pero le dio igual o no quiso verlo, que viene a ser lo mismo. Esas mismas personas sabían también que les sería difícil pagarla, pero o bien no quisieron darse cuenta o no tuvieron capacidad para ello. Pongamos que en el caso de estas familias o trabajadores no se cumplía la regla del 30 por ciento, o se cumplía evidentemente de forma temporal. Y por fin, en este punto A entran también aquéllos que compraron un piso no para instalarse a vivir, sino para volver a venderlo más caro, y les pilló el toro. En este caso, los principales responsables del desastre, y del desahucio, son las entidades bancarias y, por encima de todos, los políticos que no han sabido dar respuesta al hecho de que miles de ciudadanos se queden sin techo.

Desahucio tipo B: Es el que no se veía venir, que de alguna manera resultaba imposible de prever. Este desahucio deja sin casa a aquellas personas que recibieron un crédito hipotecario en condiciones llamémoslas correctas. Es decir, tenían un trabajo remunerado, estaban acostumbradas a tenerlo y la cuota de la hipoteca no llegaba a suponerles el 30 por ciento de sus ingresos mensuales, o llegaba justo hasta ahí. Esto es lo que los economistas con los que he hablado llaman un «desahucio raro» o «una excepción», pero no lo es. Es sencillamente fruto de una crisis que todos podríamos haber previsto o no, pero que desde luego nadie quiso o pudo ver. No se puede responsabilizar, en este caso, a los bancos de haber dado créditos malos, o a las personas de ignorar lo que estaban firmando, porque no fue así; otra cosa son las condiciones y los intereses. Y tampoco se puede responsabilizar «a la crisis» porque seríamos idiotas. Estos desahucios no son fruto, en general, de la burbuja inmobiliaria, sino de los niveles inéditos y estratosféricos de desempleo que ha alcanzado España. En este caso, como en el anterior, también son responsables del desastre y del desahucio, por encima de todos, los políticos que no han sabido dar respuesta al hecho de que miles de ciudadanos se queden sin techo.

Sigo con el desahucio tipo B, porque el mío está incluido ahí y este libro es una crónica de mi desahucio. Quienes consideran que este tipo de ejecuciones son una excepción se basan en que los primeros en producirse

fueron los desahucios del tipo A, es decir, los derivados de los «créditos contaminados», o sea, de las malas prácticas bancarias. Sin embargo, los últimos cinco años han dejado en el paro a más de cuatro millones de ciudadanos. Atención a ellos:

En España, el tiempo máximo, MÁXIMO, que un trabajador puede cobrar el paro, o sea, el subsidio de desempleo que le corresponde, es de setecientos veinte días. Y se cobra como máximo «la tercera parte del tiempo que el trabajador haya cotizado, siempre que supere el año». Así que normalmente se cobra durante bastante menos tiempo que ese par de años. Por lo tanto, a día de hoy, la inmensa mayoría de los que entraron en el paro entre 2007 y 2010, ambos incluidos, no cobra ya el subsidio de desempleo aquél. Y buena parte de los que pasaron a engrosar la fila del paro en 2011, tampoco. Estas personas que no cobran nada no se cuentan en cientos de miles, se cuentan en millones. Es harto improbable que hayan encontrado trabajo.

Una crisis como la actual afecta a los trabajadores, nada que ver con los empresarios que se tiraban por las ventanas en otras épocas; afecta a todos los trabajadores de todos los estratos sociales, a los que estaban acostumbrados a un jornal modesto y a los de sueldos altos, a los curritos, a los cargos directivos y a los llamados profesionales independientes. Nada que ver con las crisis de los pobres, o la crisis del campo, o la de la siderurgia, la industria pesada, etcétera.

Por eso el despido está en la base del desastre de millones, MILLONES, de trabajadores en España. Y en la base de los desahucios. Por eso algunos dicen «Pues yo no lo entiendo, porque bien que hay gente que sale de tiendas, y los restaurantes están llenos y mira cuántos desplazamientos hubo el último puente, etcétera».

Porque se ha abierto una brecha. Y es una brecha bestial.

Como la uña de dios rascándose la tierra

Vamos con la brecha.

Ahora, usted, lector, imagínese una superficie de terreno tamaño país, una superficie más bien pampa. Una superficie de terreno donde quepan entre cuarenta y cincuenta millones de personas sin estar hacinadas.

Pare aquí y hágalo.

¿Ya?

Bien: entonces observe cómo una enorme, implacable y violentísima grieta, una grieta como de la uña de dios rascándose la tierra, parte esa superficie por la mitad, de punta a punta. De la grieta mana un aliento helado, flor de parca, un aliento nuevo que no se parece en nada a ningún otro soplo. Y entonces atienda a cómo, de golpe también, una de las partes, vamos a convenir por razones sentimentales que la parte izquierda, se desploma hacia el abismo hasta frenar súbitamente y quedar suspendida en lo negro. Con esa parte, claro, caen todos sus habitantes, *misernautas* desnudos, boquiabiertos, apabilados. Y bañados en culpa. Cuando un ser humano no sabe por qué le ocurre una desgracia, a qué atribuirla, tiende a pensar que ha hecho algo para merecerla. Y quién sabe si ese solo pensamiento ya le hace merecedor de los golpes que reciba.

Una de las partes de esa tierra que ha imaginado y que llamaremos España ha quedado arriba, con cierto miedo a correr la misma suerte que su otra mitad, incluso con la certeza de que va a suceder, pero con cambios mínimos (y espero que sepan perdonarme la palabra «mínimos» colocada aquí): recortes en sanidad, en atención social, en derechos recientemente

adquiridos por las féminas, supresión de algunas pagas, bajada de sueldos... O sea, limaduras del bienestar que en condiciones óptimas resultan irritantes. Así que su descontento es comprensible. Aunque no del todo para el bloque desplomado, cuyos moradores, en un tiempo menor del que tardó el país en declarar que su democracia era tan indestructible como jacarandosa, se han visto privados de ABSOLUTAMENTE TODO. Unos moradores que por las limaduras que han saltado del bienestar que permanece arriba entregarían sonrientes salud y futuro.

Se calcula que tres millones de ciudadanos no cobran ningún subsidio de desempleo, ni probablemente de ningún otro tipo. Más: ya son dos millones las familias, FAMILIAS, en las que ninguno de los miembros trabaja. Para hacerse una idea vale Barcelona, o sea: el billete de metro son dos euros, el precio medio de la vivienda de alquiler ronda los setecientos cincuenta u ochocientos euros al mes, cerca del 25 por ciento de los niños viven por debajo del umbral de la pobreza en la ciudad, oh, metrópoli olímpica.

Escribo desde abajo, desde la mitad desplomada. Hace ya tanto tiempo que vivo en lo negro que mis ojos se han acostumbrado y ya distingo con claridad a los recién llegados. Son los que circulan con los ojos abiertos como platos y todavía comen en restaurantes. De los seis millones de parados, si quitamos los tres que ya hemos dicho que no tienen nada, NADA, quedan otros tres millones de ciudadanos que poco a poco irán perdiendo un subsidio que en España puede durar un máximo de dos años. Se les va acabando, claro. Ahora empiezan a desplomarse entre nosotros los cientos de miles de despedidos entre 2011 y 2012. Vamos viéndolos caer y les hacemos sitio. Sabemos, ellos y nosotros, que es inevitable.

Desde aquí casi no se ve a los que han quedado arriba, es necesario un ejercicio de memoria. Sabemos cómo viven, qué comen, qué compran, cómo visten y cómo se mueven porque hace poco estábamos ahí. Pero la miseria impone sus olvidos, y creo, no podría asegurarlo, que eso nos salva un poco. Los de arriba, en cambio, no nos miran. No pueden. Quedan los periodistas, los informadores, que tratan en vano de narrar la pobreza, los desahucios, el porqué de este o aquel suicidio. ¿Cómo podrían? Si no te han

cortado el suministro de luz, o de agua, o ambos, tu idea de la miseria es de plástico perfumado. Por eso yo ahora les sirvo. La desahuciada que narra.

Sánchez Dragó sonríe: pero no será verdad eso que dices, ¿no?

1 de diciembre de 2012. Estudios de Telecinco. Madrid.

El chófer enviado por Telecinco me recoge en el hotel High Tech Nueva Castellana a las 23 horas del sábado 1 de diciembre. En ese extremo de Madrid la temperatura ya baja de los cero grados, y mi cansancio tras el viaje desde Barcelona y un día movido que incluía mesa redonda matinal titulada «Literatura y crisis» —¿hablamos de algo más últimamente?— pide a gritos una capa de chapa y pintura. La seguridad para enfrentarte a una cámara cuando vistes pantalones añejos que fueron negros y chaqueta heredada es relativa. Pienso «Tranqui, tus armas son otras», y no me convenzo, claro que no.

La sala de maquillaje de los estudios de Telecinco es una pieza amplia tapizada de espejo con un batallón de asientos y, a esa hora, cuatro maquilladoras o peluqueras alicatando invitados a «El gran debate», la apuesta seria para las noches de sábado. Al frente, Jordi González, un veterano curtido en otros saraos que atinadamente —crisis obliga— ha cambiado los criterios de antaño por un espacio de reflexión múltiple. Es la segunda vez que me invitan. De nuevo, desahucios, mi historia personal, mi opinión, ejemplos múltiples de gentes desdichadas... Resulto cómoda, insisto, porque el asunto de los desahucios tiene en España, en estos momentos, un problema narrativo. Fácil de entender. Quienes lo sufren no están preparados para narrarlo digamos que periodísticamente. Y para los periodistas, o sea, personas que conservan su trabajo y por lo tanto un sueldo, resulta imposible describirlos con la veracidad suficiente. Da igual

lo que hagan, lo que escriban, lo que muestren. Quien no ha vivido la amenaza de perder el techo, normalmente con hijos, es incapaz de entenderla en su hondura, en toda su desesperación. Resulta demasiado fácil la mujer bañada en lágrimas, «Me he intentado suicidar», «Me salvó pensar en mis hijos», «Si no me dan algo me quito la vida», etc. Lo dicho: resulto cómoda.

Según el esquema que conozco, Jordi González preside una formación en arco. A su derecha hay tres defensores de una postura, y a su izquierda, tres defensores de la contraria. La vez anterior acudí como protagonista — la periodista desahuciada, oh—, o sea, estaba en el centro con González y había otros seis participantes. Esta vez yo soy una de ellos. Evidentemente, una de quienes estamos furiosos por la actuación de los bancos y, sobre todo, del gobierno de Mariano Rajoy (PP), ahora, y de José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE), antes. Tengo curiosidad por saber quiénes son no tanto mis compañeros en la batalla, sino los de enfrente. Lo cierto es que, en el caso de los desahucios, el debate como tal tiene poca chicha. Todos los testimonios pertenecen a personas que han perdido la casa, normalmente en situación extrema, normalmente engañadas por unas prácticas bancarias basadas en la falsedad, la injusticia y la usura, normalmente ya fuera de la sociedad que considerábamos normal. En tales circunstancias, sentarse a defender a las entidades financieras y el desalojo te enfunda una túnica de hijo de puta que pocos están dispuestos a vestir. Y para colmo la realidad te proporciona pocos argumentos: el gobierno ha entregado a los bancos miles y miles de millones de dinero público sin pedirles a cambio ninguna consideración para los ciudadanos, que son los que han aportado ese dinero. Además, los bancos españoles han utilizado cláusulas que los firmantes desconocían, a menudo a base de engaños vergonzosos, y han concedido créditos a personas que era evidente que no podrían pagar. Además, aplican unos intereses de demora considerados delito en Europa y en cualquier cabeza con muebles. Además, en 2011, mientras la ciudadanía estaba con el agua al cuello, o directamente por encima del tupé, y ellos recibían ayudas estatales, obtuvieron unos beneficios de más de ocho mil millones de euros. Además, el gobierno acaba de anunciar que se les van a «inyectar» otros

cuarenta mil millones procedentes de algo llamado Eurogrupo, de nuevo a pelo, sin exigencias de ningún tipo, con dinero público. Además, además... Además, qué coño, yo sé lo que es vivir en la pobreza más absoluta durante dos años largos, sumo y sigo, y acaban de comunicarme el desahucio de mi piso, donde también viven mis dos hijos de cuatro y diez años.

De ahí mi curiosidad por los contrincantes.

Al entrar en la sala de maquillaje, la única cara conocida que veo es la de Pilar Rahola, que fue diputada en el Parlamento español por Esquerra Republicana, partido catalán independentista, y ahora trabaja de contertulia en varios programas de televisión y radio.

—Hola, Pilar, buenas noches.

En manos de la peluquera, le es difícil volver la cabeza.

—¿Cristina?

—Sí.

—¿Cómo va lo de tu casa?

Ella compartió el debate anterior conmigo, de mi lado, así que la siento como de la banda.

—Me han llamado esta semana para decirme que, como no acepto la dación en pago, pasan mi casa a subasta. Me preocupa, claro, porque el siguiente paso es que la compren.

—¿Y por qué no aceptas la dación?

—Porque no tengo dónde ir y, en mi situación económica, nadie en su sano juicio va a alquilarme un piso, ni el más cochambre. Yo tampoco lo haría. Les he dicho que sí, que les doy el piso, que se lo confiten si quieren, pero que me dejen quedarme dentro pagándoles un alquiler razonable, o sea, poco. Total, a ellos se les están amontonando los pisos...

—¿Y?

—Y nada, ni siquiera me han contestado.

—Ay, Cristina, sobre todo piensa en tus hijos.

—Ya.

—Yo hoy no estoy con tu tema, vengo a la entrevista con Albert Rivera^[1].

—Ya.

Me sientan. Me maquillan. Me intentan peinar y no me dejo mucho. Miro a derecha e izquierda a ver si alguna cara me suena, cosa poco probable porque hace siglos que no veo la tele. Y entonces, justo cuando ya he perdido la esperanza de que me lleve la contraria alguien de quien al menos sepa el nombre, aparece Fernando Sánchez Dragó. ¡Ajá!, así que eres tú, pienso. Sánchez Dragó, Premio Nacional, Premio Planeta, Premio Espiritualidad y Premio Fernando Lara, todos de literatura, pertenece a ese grupo de intelectuales de izquierdas con eje básicamente excéntrico que se pasaron a las filas de la derecha más dura por pura tirria a los socialdemócratas del PSOE. Me hacían gracia, sus extravagancias me resultaban incluso divertidas, hasta que, llegado el momento de dar la cara contra la miseria, han callado o incluso alguno de ellos ha tratado de justificarla con argumentos párvulos.

—Buenas noches, Fernando.

El escritor y presentador de televisión ocupa la misma silla que Pilar Rahola momentos antes. En la misma postura y con la misma mujer tocándole la cara. De repente tengo la sensación de que hay cierto tipo de personas que acaba en el carrusel televisivo. Luego me digo que no, que si uno va a la tele es normal que se encuentre a gente que acaba en la tele. No me convenzo mucho y me recrimino jugar al espectáculo, pero me dura lo que el personaje tarda en centrarme en el espejo que lo enfrenta.

—Hombre, Cristina, qué alegría.

Como con la ex política, la conversación tiene lugar con él sentado y atendido, y yo de pie a su lado.

—Oí lo de tu desahucio. Imagino que no será verdad, ¿no?

—Fernando, ¿cómo iba a contar una historia tan terrible si no fuera verdad?

—Bueno, me refiero a que estará todo un poco exagerado...

—Qué cosas tienes, ¡pues claro que no! Es exactamente como louento, y te aseguro que me ahorro los detalles escabrosos.

—Bueno, en fin, ya lo siento. —Sánchez Dragó y yo no somos amigos, pero sí viejos conocidos, y le tengo algo que hasta cierto punto podría

llamar simpatía—. Imaginarás que vengo aquí a defender que se ejecuten todos los desahucios sin excepción.

Sí lo sabía. En cuanto lo he visto he entendido cuál era su posición. Lo he entendido pero no me lo he dicho. Me he quedado detenida en ese momento en el que sabes algo pero ese algo aún no ha sido enunciado, ni por ti ni por nadie, porque cuando se enuncie ya no tendrá remedio. Por eso, cuando lo oigo de boca de Sánchez Dragó, se me vacía el estómago hacia la náusea y me doy cuenta de que, si me dejara, podría llorar.

—Ajá.

—Pero no es que yo quiera que os echen a todos a la calle, ojo, no es por eso, es que quiero que se respete la legalidad vigente.

—Claro, te entiendo.

—Pero lo de tu desahucio, entonces, ¿cómo está exactamente? Todo eso que he oído de lo tuyo no será cierto...

En el debate posterior participan algunos habituales de las tertulias televisivas y de la radio. Nada destacable. Nada, excepto una conversación mientras salimos hacia los taxis que nos devolverán a mí al gélido hotel High Tech Nueva Castellana, que huele a hospital, y a ellos a casa.

Un redactor de Economía del diario *El Mundo* se me acerca. No sabe lo bien que me he portado con él, las ganas que tenía de hacerle un daño que no sé si habría podido infligirle, pero que desde luego no le he hecho.

—Cristina, hay algo que no entiendo.

—Sí, a mí también me pasa.

—¿Por qué no aceptaste la dación en pago cuando te la ofreció el BBVA?

—Porque me daban dos semanas para desalojar la casa y no tenía dónde ir.

Ante ese tipo de respuestas tan contundentes, y tan de sentido común, el interlocutor tiende a pensar que es una contestación rápida o que no lo has pensado dos veces o que eres idiota.

—Pero te quedas con una deuda de por vida.

—Te he dicho que no tenía dónde ir. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me meta con mis hijos debajo de un puente? Dime, ¿tú qué harías?

—Aceptarla.

—Volvamos, porque igual no me explico. Bien, la acepto; entonces llamo a una amiga y le digo: Oye, venga, haznos un sitio en tu pisito, que vamos toda la familia a instalarnos *sine die* contigo. O también puedo dejar todo lo construido en Barcelona, sacar del colegio a los críos y meternos todos en un dormitorio en casa de mi abuela en Zaragoza, ¿no?

—Mujer, cualquier cosa menos quedarte con ese paquete...

Corro a encender un pitillo.

Cuatro grados bajo cero.

De cuando nos comíamos las patas de las sillas en Ucrania (I)

24 de febrero de 2011

Entre los días 20 y 24 solía inaugurarse en casa el llamado findemés, que duraba algo más de una semana.

Era el findemés un bonito periodo creativo en el que cortábamos finas astillas de las patas de las camas y las bajábamos a la fuente pública para hidratarlas.

Dado que las astillas de las patitas de la cuna eran las más tiernas, solíamos reservarlas para los niños, pese a las protestas del mayor, que, como correspondía a sus ocho años cumplidos, exigía compartir el alimento de los adultos: ladrillo.

Durante los periodos considerados como findemés, procurábamos soslayar las discusiones, pero resultaban inevitables. Los niños pequeños suelen provocar en los padres reacciones violentas que acaban con la pérdida de algún miembro o parte de él y que luego provocan hilaridad por la exageración de la respuesta.

Recuerdo una ocasión, ya hacia el fin de un findemés especialmente creativo, en la que los niños devoraron el edredón de la cama de matrimonio casi completo. Cuando lo descubrimos, el padre se puso hecho una fiera y quiso clavarles algo cerca del estómago o el hígado. Como era costumbre, yo medié, intentando hacerle entender que, pese a que el edredón de la cama de matrimonio estaba reservado para el día siguiente, bien podíamos darlos ya por alimentados y asunto resuelto. Admitiendo que

yo tenía razón en parte, él, por descargar algo de rabia, me saltó cuatro dientes de una patada, y todo quedó en paz.

Ah, qué tiempos, aquéllas sí que eran crisis.

Cuando escribí el texto anterior, mi presupuesto mensual para comida era de cero euros. No hay nada más difícil que admitir la miseria, la quiebra, de un igual. Porque es la nuestra propia. Si yo, una profesional con veinticinco años de oficio a mis espaldas, varios libros y novelas publicados, algunas de ellas premiadas, periodista y editora, con columna semanal en uno de los principales diarios de este país, puedo ser desahuciada, puedo llegar al punto de perderlo todo, hasta el techo, y eso sin dejar de trabajar y remar y pedalear, si eso es así, significa que a quienes están en la situación en la que yo estaba, a los que quedaron allá arriba en el territorio no desplomado, les puede suceder lo mismo. Aunque se empeñen en no mirar hacia abajo, en no mirarnos.

Al día siguiente de aparecer en el programa con Fernando Sánchez Dragó, recibí el mail de un antiguo colega de profesión, hoy también en la calle tras un ERE. Copio la frase: «¿Y no te da vergüenza salir en televisión en esos programas como si fueras pobre?». «Soy pobre, le contesté, soy más pobre de lo que nunca pensé que podría llegar a ser». Por supuesto no lo entendió.

Ese mismo día, mi madre se encontró con una conocida por la calle. Mi madre es una mujer preparada y educada para vivir muy cómodamente, empresaria jubilada de urgencia víctima de la crisis. A mi madre todo esto que me sucede le causa un pesar que la mantiene encorvada, y el hecho de que yo lo haga público le ha atado un yunque a la pierna que le queda buena, que a duras penas arrastra. Y no entiende nada. Pero es una mujer fuerte que ha vivido situaciones igual de duras y peores. Su conocida: «Ayer vi a Cristina en la tele. Pero no será verdad eso que dijo, ¿no? Estaba representando un papel, ¿no?». Me contó mi madre, indignada, que a punto estuvo de llamarla cretina. Ella nunca haría eso, por mucho que yo insista en que viviría mucho más ancha. A cambio le contestó, igual que yo a

Sánchez Dragó, que cómo se le ocurría que se podía fingir una cosa semejante. A lo que la otra repuso: «Ay, hija, no sé, pues yo la vi muy mona».

2009

AÑO UNO EN EL DESPEÑADERO DEL MONTE NIESEN

6 de diciembre de 2008. Me lo dicen con la mejor intención, lo sé y lo agradezco. Cristina, ahora céntrate en tu maternidad, olvídate de todo y dedícate a tu hija. Es probablemente la frase que más he oído estos días, y la agradezco sobre todo por lo que revela: una ingenuidad maravillosa y una confianza sin límites en mi buena fortuna.

Releo estos días Una habitación propia, de Virginia Woolf, y me indigna o me mata de la risa o me sonroja (según si le toca teta o no a Pepa) su vigencia. Sólo una cita que viene a cuento ahora: «Mi tía Mary Beton murió de una caída de caballo un día que salió a tomar el aire en Bombay. La noticia de mi herencia me llegó una noche, más o menos al mismo tiempo que se aprobaba una ley que les concedía el voto a las mujeres. Una carta de un notario cayó en mi buzón y al abrirla me encontré con que mi tía me había dejado quinientas libras al año para el resto de mis días. De las dos cosas —el voto y el dinero—, el dinero, lo confieso, me pareció con mucho la más importante».

¿Por qué a mí?, o nunca supe hacer el pino puente

Sé hacer tortilla de patata, novelas, artículos, callos a la madrileña, reportajes, servir copas, entrevistas, bacalao al pilpil, escribir cuentos, poner el culo en pompa, flan casero, sé montar redacciones enteras, editoriales, crítica literaria, sé impartir cursos de literatura, de comunicación, de edición digital... Nunca supe hacer el pino puente, ni saltar al potro. Quizás sea eso, quizás esté ahí la razón de este desastre. Necesito, NECESITO, enumerar las causas de todo esto que sucede.

Sí, ya sé, buscar el Por-qué-a-mí de un despido es un ejercicio inútil. Tan inútil como inevitable.

La mañana del 17 de octubre de 2008, viernes, llegué temprano a la redacción del diario *ADN* porque sabía que el director había tenido una reunión «con la empresa». La cosa estaba tensa. Según datos de septiembre del Instituto Nacional de Empleo, había 3247 periodistas en el paro. Se calcula que medio millar perdieron su puesto de trabajo en esos últimos tres meses de 2008 y en las redacciones sonaba la muela de afilar cuchillos. Fernando Savater acababa de ganar el Premio Planeta y Gordon Brown, entonces primer ministro británico, había presentado en Bruselas, en la reunión del Consejo Europeo, lo que llamó medidas para la «segunda fase» de acción contra la crisis. Qué tiempos.

A mí me dieron la patada aquel 17 de octubre y, visto desde ahora, me habría gustado que fuera el 13 de octubre, cuatro días antes, para poder escribir: «Exactamente cuatro años después llegó el tipo del desahucio a la puerta de casa». Las fechas y las cifras redondas son en sí mismas datos que merecen constar. Los números redondos generan información, al margen de a qué se refieran. Pero quién iba a saber entonces de desahucios y

tremendas desgracias. El día que me despidieron, yo tenía un sueldo asignado como subdirectora del diario *ADN* de alrededor de cincuenta mil euros brutos anuales, y pagaba una hipoteca de mil doscientos euros al mes, cien arriba, cien abajo, dependiendo de lo que mi banco dispusiera por causas que nunca entendí ni me preocupé de calcular. Calcular no entraba dentro de nuestras necesidades vitales. Además, participaba semanalmente en la tertulia política matinal de la radio pública catalana COM Ràdio y aparecía periódicamente en algunos programas de televisión. Había publicado tres libros, y estaba a punto de salir uno nuevo, *Así murió el poeta Guadalupe*, que quedaría finalista del Premio Hammett de novela negra. Por esa razón, por no ganarlo, recuerdo que mis amigos me hicieron una bonita fiesta.

Creo que es imprescindible, una vez recibes la patada, enumerar sin descanso lo que sabes, lo que eres, lo que quieras. Es tu lucha contra la muerte.

Tengo un recuerdo dulce y blando de aquella época, en fin, de los meses anteriores al despido, porque estaba embarazada, y cuando estoy embarazada floto. A veces floto tanto que me desmayo. Durante el embarazo de mi hija Pepa, la pequeña, al que me refiero, me desmayé al menos un par de veces al mes durante los últimos cinco meses de gestación. Una de ellas, en medio de una cena a la que me había invitado mi amiga Lucía, tuvimos que salir precipitadamente a una placita del barrio de Gràcia y desalojar a los cuatro punkis cerveceros de un banco para que me desmayara a gusto. Era algo cotidiano que, sin embargo, no sucedió cuando lo deseé.

La redacción del diario *ADN* era un espacio abierto y curvado que ocupaba la planta séptima de la Torre Agbar, falo, suppositorio, obús o consolador, según gustos, que Jean Nouvel plantó y encendió en colores en Barcelona. Aquel viernes, a las diez de la mañana, estaba completamente vacía, a excepción de la *pecera* donde se encontraba ya sentado el director, circunspecto tras su mesa, con la mirada fija en la gran pantalla de televisión que ocupaba casi todo el espacio del cristal frente a él. Recuerdo que lo vi tan serio, casi demudado, que entré en su despacho sin pasar por el

mío, y lo recuerdo bien porque durante toda la conversación, incluido mi no desmayo, permanecí aferrada a la correa de mi bolso, como si agarrarte de la brocha pudiera frenar la caída cuando te quitan la escalera. Era un bolso de cuero marrón con la correa del mismo material, en bandolera. Sobre la panza rellena con ocho meses de criatura permaneció todo el rato cerrado mi chambergo marinero.

—Buen día, guapo, ¿qué vamos a hacer?

Creo que ambos teníamos claro desde el principio que aquel diario, *ADN*, ya el cuarto gratuito en España, era una aventura pasajera. Intensa, sí, pero aventura de corto recorrido.

El director no me contestó inmediatamente. No me miró.

—¿Habéis decidido ya a quién se va a despedir?

—A ti, Cris. A ti, para empezar.

No me extenderé aquí en las explicaciones ni en el proceso. Sí en la sensación de que empezaba a caer. Primero, PUM, una patada en los riñones. Y después, el vértigo de empezar el despeño y saber que iba a ser largo, larguísimo, rodando abrazada a una pregunta: ¿Por qué A MÍ?

Tortilla de patata, novelas, artículos, callos a la madrileña, reportajes, copas, entrevistas, bacalao al pilpil, cuentos, culo en pompa, flan casero, redacciones enteras, editoriales, crítica literaria, cursos de literatura, de comunicación, de edición digital...; pino puente, potro.

Lo primero que piensas cuando te despiden es que algo habrás hecho. Rebuscas en la culpa, en los reproches propios y ajenos, repisas en el sistema mismo de trabajo. Y la pregunta de marras te golpea una y otra vez la cabeza: ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí? Pero, ojo, porque esa pregunta encierra otra, aunque no te la quieras confesar: ¿Por qué a mí Y NO A OTRO?

Es decir: cuando te dan la patada no te preguntas por qué se dan patadas en este mundo cruel, oh, sino por qué la patada le ha tocado a tu culo. Si eres capaz de enunciar eso, esa segunda pregunta fatal, la culpa que al principio era una sensación vaga adquirirá cuerpo y peso y te la vas a tener que cargar al hombro para avanzar. Y además de la culpa, esa pregunta puta

va a darte un puñetazo en la cabeza de la autoestima parecido al que supuso en tu tierna juventud el abandono del primer novio lindo gatito que se fue con otra: No puede ser, tú me amabas, yo soy única e irreemplazable, ¿qué ha significado todo este tiempo entre nosotros? Etcétera.

Todo eso en cuanto a lo primero que piensas cuando te despiden, a secas.

Lo primero que piensas cuando te despiden no a secas sino embarazada es: Estás bien jodida, colega.

Luego, cuando por fin puedes reaccionar, también piensas macho, feminismo, tribunal, lactancia, sindicato, solidaridad, coño, mujer, delito, mecanismos muertos...; y al final de esa lista, que es larga, se repite y pasa a la velocidad del rayo, en los tres segundos que tardas en darte cuenta de que no vas a desmayarte —ah, qué placer haberme desmayado, haber dejado esa cagarruta seca incrustada en la conciencia del despedidor, en caso de que la tenga—, al final de esa lista hay una palabra: FRIVOLIDAD. Con qué frivolidad me dejas, compañero, en la calle, a punto de dar a luz, en el arranque de una crisis que acaba de empezar y será una crisis maya, fukuyámica.

Sí, la crisis.

A finales de 2008, tierno candor y puñetera inconsciencia, se suponía que la crisis ya tenía luz al final de un túnel, brotes verdes, bocas rojas e ineptos multicolores, y empezaba a servir a las empresas para deshacerse de una parte de sus «excedentes humanos», en las redacciones cundían los corrillos y se engrasaban los comités de empresa. En los ribazos, como hierbas que nadie atiende, empezaban a brotar reportajes con peladuras y restos de bacon, flor de despeñadero.

El 27 de noviembre de 2008 y bajo el antetítulo maldito de «La necesidad pude a la vergüenza», *La Vanguardia* publicó un buen reportaje de Luis Benvenutty y Raúl Montilla titulado «La crisis multiplica el número de ciudadanos que buscan alimentos entre sobras y desperdicios de los supermercados». Ahí van algunas perlas:

«Tengo una pensión de trescientos euros, y el alquiler me cuesta doscientos. ¡Si mis vecinos se enteran de esto, me muero!».

«Vamos cambiando de sitio, buscando los más tranquilos».

«La mejor basura que he visto es la de un Caprabo cerca de la Sagrada Familia, allí pueden encontrarse hasta gambas. Lo que pasa es que por allí va una mujer rubia que está loca, una que le dejó el marido y se le fue la cabeza».

«Prefiero mi Lidl».

«A este señor no hace falta que le preguntes porque no habla nada. No sé si es mudo o inglés. Pero así nos llevamos mejor. Porque han sido las perrerías de los hombres las que me han llevado a esta situación».

«No, si yo esto lo hago para conocer gente, en realidad soy multimillonaria, pero meter la cabeza en la basura es más divertido que ir de compras. ¡Una pizza!».

En junio de 2009, unos meses después de mi patada, este mismo periódico del Grupo Godó anunció un ERE para quitarse de encima a noventa trabajadores. Y empezamos a manejar palabras como «facturas paralelas» o «bajas incentivadas» a la vez que aprendíamos a desconfiar de los balances.

En fin, que yo no me desmayé, ellos sí me echaron, y estaba claro que una preñada despedida en mitad de la crisis, como quien dice #alaputacalle, pero más, #alaputacalle rellena, en la puta calle se iba a quedar. Y más yo, que había protagonizado algunos meses antes un episodio grotesco, muy del estilo de los medios patrios, en el que Federico Jiménez Losantos, entonces culebrero de las mañanas radiofónicas y hoy prácticamente desaparecido, me acusó de llamar a la agresión contra los miembros del PP. Pese a que aquello era mentira, a la altura del personaje y de toda su comparsa, me valió una suspensión de empleo y sueldo. Y la mejor y más clarificadora frase que he recibido en mi carrera. Cuando le dije al «jefe» de *ADN* lo que yo pensaba, me respondió: «Comprenderás que yo no puedo permitirme una subdirectora que piense». Desde entonces no he hecho más que comprenderlo y comprenderlo.

Y podría haber quedado en una de las muchas mentecateces que poblaban las ondas por entonces. Pero no. Porque me sirvió para oír, justo después de la patada, que claro que podía denunciar el despido embarazada,

pero que tuviera en cuenta que volvería a trabajar después de la baja de maternidad, y que los despidos de cargos directivos, según el contrato que yo había firmado, podían llevarse a cabo simplemente argumentando «pérdida de confianza» en el trabajador. Ni siquiera me preocupé en confirmarlo. Sencillamente, empecé a rodar monte abajo, mirando sin querer contarlos los once mil escalones que me quedaban por delante.

De nuevo:

¿Qué siente una cuando la despiden EN MITAD de una crisis? Imagino que siente violencia, odio, rabia, dolor, culpa y una puntada de desprecio hacia una misma.

¿Qué siente una cuando la despiden AL PRINCIPIO de una crisis? Sé que siente violencia, odio, rabia, dolor, culpa, una puntada de desprecio hacia una misma y la certeza de que más vale echar a correr para coger los mejores pétalos de la flor del desempleo, porque detrás van a llegar los otros, y serán legión y no van a quedarnos ni los terrones secos.

Tortilla de patata, novelas, artículos, callos a la madrileña, reportajes, copas, entrevistas, bacalao al pilpil, cuentos, culo en pompa, flan casero, redacciones enteras, editoriales, crítica literaria, cursos de literatura, de comunicación, de edición digital...; pino puente, potro.

Bienvenidos a la selva de los miserables.

Por qué es mejor que te despidan al principio de una crisis fukuyama, también llamada maya

A la selva de los miserables más vale llegar el primero. Y aquí va una de Perogrullo, pero que bien puede alguno tatuarse en la nalga: no es lo mismo que te despidan en época de vacas gordas que en una crisis histórica, más, histórico-fin-de-la-Historia. Y tampoco es lo mismo que te echen al principio de esa crisis Fukuyama que bien entrado el fukuyamismo.

De natural optimista —no haberme cortado aún la vena en vertical sólo puede responder a razones genéticas—, voy a explicarles por qué es mejor que te echen al principio, situación de la cual me he beneficiado consiguiendo el magnífico carné de pionera del despeñadero. Y puede usted reírse, pero, como el principio queda allá atrás y allá arriba, los que caímos entonces hemos tenido tiempo de darle muchas vueltas, pensar y sacar algunas conclusiones. Y además ya estamos abajo, en el hoyo, así que les llevamos ventaja a los que aún están cayendo. Este libro vale como ejemplo.

Para empezar, es mejor que te echen al principio porque tienes más posibilidades de que un insensato aún no se haya dado cuenta de que el desastre tiene proporciones mayas y se le ocurra contratarte. En mi caso, embarazada de ocho meses el día del despido, esa posibilidad era más que remota y, aun así, pateé las redacciones donde quedaban conocidos o amigos, e incluso enemigos históricos, una categoría más cercana a la de amigo de lo que parece: «Hola, qué tal, ya sabes que yo valgo mucho, estoy a tu entera disposición, mira que hago lo que sea, puedo hacer cualquier

cosa», y otros actos de mortificación semejantes que, con el tiempo, llegaron al «Aunque sea, méteme en agenda». Nada de nada, y parto con cesárea.

Sin embargo, todo agujero alberga su calor, y en mi caso se llamaba Arcadi Espada. En febrero de 2009, todavía con la niña amorrada a la teta, el periodista me llamó para explicarme que estaba montando un nuevo diario digital, *Factual*, el primer y único diario digital que me ha interesado vivamente y cuya dirección electrónica brindaría aquí si no fuera porque los empresarios que echaron a la redacción a la calle a los cuatro meses de contratarla consideraron conveniente borrar cualquier rastro de su existencia, y ellos sabrán por qué. Mi relación laboral remunerada con el diario duró exactamente cuatro meses, de octubre de 2009 a enero de 2010, ambos incluidos. Luego ya el desierto —maya también, sí—. Fin de la maravillosa insensatez y del espejismo. Más adelante ahondo en esta alucinación.

Y aquí empieza la segunda razón por la que es mejor que te despidan al principio, pero de ésta no puedo ofrecer certezas ni resultados contables comprobables, apenas mi intuición de que seguir pedaleando es la única manera de no caerse: todavía puedes hacer algo, todavía hay campos sin dueño, como quien dice.

Cuando te despiden al principio de una crisis y te das cuenta de las proporciones de la tragedia —los únicos que no se dan cuenta son los que conservan lo que tenían—, de que ya nunca más nadie va a contratarte, porque tienes cuarenta y dos años y cuando todo acabe tendrás cincuenta y cinco, de que o te buscas tú la vida o te metes a ficus, entonces te quedan dos salidas:

Salida A: Te sientas a llorar, y a tirarte de los pelos, y a sentirte desgraciada, y a culparte, y a recolectar periódicamente los frutos de tu amargura, y a comértelos.

Salida B: Te sientas a llorar, y a tirarte de los pelos, y a sentirte desgraciada, y a culparte con una mitad del cerebro. Y utilizas la otra mitad para preguntarte, todo lo deprisa y SINCERAMENTE que puedas: ¿Qué sé hacer? ¿Qué carajo soy capaz de hacer, susceptible de generar dinero, sin

que nadie tenga que pagármelo? Y cuando te has respondido, también sinceramente, te pones a hacerlo de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, que son las horas que quienes tenemos críos y 0 —cero— euros para canguros podemos usar para producir.

Este punto que parece tan sencillo, la simple posibilidad de pensar que aún te queda una salida, que puedes hacer algo, HACER ALGO, aunque sólo sea porque nadie lo ha hecho antes, es la otra ventaja de un despido temprano, y es enorme. A los que llegan ahora aquí abajo, a la tierra del agujero, apenas les queda ya sitio para moverse, porque los primeros no hemos dejado ni dejaremos de pedalear.

Hacer algo...

Hacer algo: ¿susto o muerte?

En realidad, eso de que cuando te despiden en una crisis de proporciones mayas puedes «hacer algo» es una trampa. Hay que decirlo, porque es así: una trampa. Pero ¿cómo renunciar a moverse? El año UNO en el despeñadero del monte Niesen pasa rápido: aún tienes dinero, aún tienes amigos, aún crees que en el fondo el que no trabaja es porque no vale, el que no publica es porque no es bueno, el que no está de camarero es porque tiene roña en las uñas. El año UNO pasa como el rayo y no es una temporada exactamente pesimista. Caes, sí, pero crees que en el despeñadero vas a encontrarte, en cualquier momento, un asidero o incluso una terraza soleada con montacargas para echarte un mojito y luego remontar tan ancho. En el fondo, si te pararas a pensarla, tendrías que aceptar lo que ves, la trampa, pero ¿cómo no ceder a la ilusión? Es como si al arranque del monte Niesen, cuando todavía no has sufrido heridas profundas, te encontraras la bicicleta que alguien olvidó al caer, y te subieras, y pedalearas hacia arriba, y vieras que pedaleando no remontas, pero que al menos cabe la posibilidad de frenar la caída, o incluso de quedarte donde estás. Cualquier cosa antes que aceptar el sintechismo cuyo aliento helado has creído sentir que sube desde la sima que allá abajo te espera.

Pedalear.

Hacer algo, o sea.

Vale, vamos allá: Año UNO en el despeñadero: Pongámonos en la mejor opción, que ya es decir hablando de un #alaputacalle en toda regla. Pongamos que te despiden y llevas trabajando más de equis días dentro de los seis años anteriores, que lo has hecho con contrato, que blablablá...

Entonces, y ten en cuenta que ése es el mejor de los casos, cobrarás un subsidio de paro, el que sea, durante setecientos veinte días, es decir, dos años.

Y de nuevo, porque el camino entre el despido y el desahucio está lleno de elecciones hacia la nada, hay dos opciones.

Opción A: Cobras el paro y vas buscando trabajo, sin estresarte, porque dos años son mucho tiempo y desde luego no parece que haya demasiada oferta. Aunque algo acabarás encontrando, no en vano llevas veinte años de vida laboral.

Opción B: No hay que pararse, y no hay mal que por bien no venga: capitalizas el paro o tiras de la indemnización, o de ambas cosas, te pones de autónoma y montas una empresita de lo tuyo.

Una tarda más o menos un año en darse cuenta de que cualquiera de las dos opciones son fruta con bicho. Tremendo bicharraco. La primera, porque en una sociedad con más del 25 por ciento de paro y en prodigioso aumento anual, el subsidio de desempleo dura cuatro días aunque se llamen setecientos veinte. La segunda, porque para cuando quieras darte cuenta de que, en medio de una crisis feroz, abrirse paso como primeriza —lo llaman emprendedor porque no tienen vergüenza— requiere años, AÑOS, cuando al fin te percatas de eso, los meses que te has merendado (y pagado) como autónoma significan que has perdido la posibilidad de cobrar subsidio de paro. En el caso de que no te lo hayas pulido con la bonita modalidad de capitalización del desempleo.

Ambas opciones comparten, además de susto o muerte, o sea estás jodida sí o sí, un serio desplome de la autoestima. Y el encumbramiento de la culpa en lo más alto de lo cotidiano.

El año UNO, porque aún te quedan fuerzas o porque las necesidades cotidianas no son tan acuciantes como serán, una se lo pasa bailando un agarrao con la culpa. Hasta el punto de inventar todo tipo de estrategias para creer que trabaja, que sigue «ganándose la vida», que aún tiene un puesto en la parte de arriba del territorio rajado, que no es ya material de derribo, parte de los excluidos, ah, qué bonita palabra y qué facilidad de uso: exclusión.

En el caso del periodismo, uno de los sectores que más ha golpeado esta crisis en España, no hace falta eximirse mucho la sesera para creer que estás trabajando. Éstos son los pasos básicos:

Uno: Te despiertas muy temprano —sobre las seis es buena hora— y escuchas las noticias del día mientras lees la prensa nacional e internacional en el ordenador. Cero euros.

Dos: Redactas un par de opiniones más o menos brillantes, según capacidad, y más o menos radicales, según carácter, y las lanza en Twitter y Facebook. Cero euros.

Tres: Si tienes ganas de más, alimentas un blog con artículos sesudos o no, e incluso reportajes o entrevistas. Cero euros.

Y por cero euros ya tienes montadito tu puesto de trabajo. Cero euros te cuesta y cero euros vas a recibir a cambio. Si te sale bien, muy bien, cabe la posibilidad de que te llamen para participar en alguna mesa redonda (120-180 euros) pongamos que al semestre. Si te sale redondo, puede que alguien te publique un libro (1000-1500 euros y nada más). No seré ceniza: me han comentado que hay quien gana dinero, y no poco, con la autoedición de los frutos de todo lo anterior vía Amazon.

Define «trabajo».

Prostitución y sobre la dignidad profesional

Aunque también te queda la vía de la prostitución, claro.

Ya he contado que en junio de 2009, unos meses después de mi patada, el diario *La Vanguardia* anunció un ERE para patear a noventa trabajadores. A finales de ese año, lo que llaman Expediente de Regulación de Empleo se había multiplicado por cinco.

Así lo redactó dicho diario el 10 de enero de 2010:

La consellera de Treball, Mar Serna, apuntó que los Expedientes de Regulación de Empleo (ERE) presentados en Catalunya en 2009 superarán los 3500, una cifra que supone quintuplicar los ERE registrados el año anterior, que rondaron los setecientos. [...] En cuanto a los expedientes de reducción de jornada y de suspensión temporal, Serna se mostró favorable a su aplicación como medida para salvar la situación de crisis en algunas empresas y reiteró el apoyo del Govern a que el periodo de ciento veinte días se amplíe a ciento ochenta o incluso por encima.

Aperitivo con un editor, viejo editor amigo, el 17 de mayo.

Me dice: «¿Has visto que también han echado a X de *La Vanguardia*? ¿Quién nos lo iba a decir?», cabecea, «a X...». «¿Le han echado?», respondo. «Bueno, o prejubilado», duda él. «Como a W, Y y Z, ¿no?». «Sí, creo que sí», dudo yo.

«Me da la sensación», piensa en voz alta, «de que son tipos que hasta los treinta y cinco iban con el carné joven en la mano, y a los cincuenta ya están prejubilados. Eso sí que es una vida adulta corta».

Estamos en una mesa con otros once individuos. El tipo de mi derecha —treinta años de profesión, firma de semanario, etcétera— me mira y dice: «Somos buenos». No lo dice con petulancia. Dice: «Aquí estamos sentados algunos de los mejores periodistas de este país». Puede que sí, pienso.

Algunos. Desde luego, por experiencia y por formación. Todos están en paro. Los han despedido, a todos, en los últimos siete meses. Ahora se preguntan (perplejos) si tal acumulación de talento puede unirse y dar algún fruto. Imagino que algún fruto susceptible de ser impreso y vendido. Creo que no, y se lo digo. Creo que la única fórmula periodística que a estas alturas puede tener (un cierto) éxito está en internet. Económicamente, y de consumo. Y se lo digo. Cabecean. Pierden confianza en mis palabras a zancadas. La palabra «*online*», la palabra «*web*», la palabra «*digital*». Cada una de esas palabras le pega un mordisco a su (posible) confianza en mi opinión. Pienso: Qué desperdicio. Y no se lo digo.

prostitución. (Del lat. *prostitutio*, -ōnis). 1. f. Acción y efecto de prostituir. 2. f. Actividad a la que se dedica quien mantiene relaciones sexuales con otras personas, a cambio de dinero.

prostituir. (Del lat. *prostituēre*). 1. tr. Hacer que alguien se dedique a mantener relaciones sexuales con otras personas, a cambio de dinero. U. t. c. prnl. 2. tr. Dicho de una persona: Deshonrar, vender su empleo, autoridad, etc., abusando bajamente de ella por interés o por adulación. U. t. c. prnl.

Ah, cuántas varillas tiene el abanico. Elija usted la suya, señora, caballero. Cuando se quede en la (puta) calle, la va a descubrir.

—Oye, que el ayuntamiento paga unas páginas en el periódico, una especie de información semanal sobre los distritos de la ciudad. Nada, son ocho o diez páginas a la semana, y hay que llenarlas.

—¿Con qué?

—Ay, hija, yo qué sé, con lo que se nos ocurra. Invéntate una propuesta y una maqueta. Pero rápido, no sea que se echen atrás o se lo quede otro listo.

Lo llaman periodismo y no lo es.

No lo llaman prostitución. De pura vergüenza.

Cuando te metes a autónoma y ves que todos los directores, jefecillos y amigos que te iban a encargar larguísimos y bien pagados reportajes que tú deberías facturar han desaparecido, empiezas a poner el culo. No es una práctica nueva, ni para los periódicos, ni para la administración. Ni siquiera para mí. En cuanto me senté a dibujar la maqueta de esas bonitas páginas pagadas me acordé de aquello que llamaron Fórum de las Culturas 2004, un

engaño en forma de interminable festival ¿cultural?, ¿solidario?, ¿del impudor?, que sirvió para urbanizar una parte hoy ya muerta de Barcelona. Entonces estaba por primera vez en paro y también puse el culo. La dignidad de la profesión y la pureza del profesional son dos palos que yo no toco.

A lo nuestro: durante el Fórum de nuestras vergüenzas, las administraciones públicas «encargaron» a los periódicos de la zona (*La Vanguardia*, *El Periódico*, *El País*, *El Mundo*, *Avui...*) un mínimo de dos páginas diarias de «información» sobre el evento mientras éste duró y desde algo antes de que empezara. Imagino que con las radios y las televisiones se hizo otro tanto, pero en eso no participé. Dependiendo de la tirada del diario, se «encargaban» más o menos páginas. La «información» que se publicó sobre semejante dislate, el mayor y más caro en estas tierras, consistió en una sarta de patrañas publicitarias. Una sarta diaria multiplicada. Regla número uno del periodismo: no te cagues en el orinal que guarda tus monedas. Se destinaron decenas y decenas de periodistas a dicha labor de intoxicación, yo entre ellos.

En cuanto a esas bonitas ocho páginas semanales con las que empecé mi nueva etapa de prostitución periodística tras el despido, esta vez como autónoma —seguimos bajando—, duraron poco. Lo que tardó el primer ERE del sector en acojonar a los periodistas de la redacción, que asumieron esas funciones de burdel antes destinadas a terceros, carne de pocilga. Aún sigo viendo publicada cada semana aquella maqueta resultona de ocho páginas que tracé sobre un par de servilletas de bar a principios de 2009, el AÑO UNO de mi bajada del monte Niesen.

En cuanto al momento en el que nos dejaron fuera porque la redacción iba a asumir esas labores publicitarias, está situado a mediados de junio de 2010. Pero ése ya es el AÑO DOS.

2010

**AÑO DOS EN EL DESPEÑADERO DEL
MONTE NIESEN**

5 de febrero de 2010. Hay un mercader gris debajo del fregadero. Quedó atrapado por el queso. Era el queso de mi hijo. Sirvió para apresar al mercader. Mi hijo llora porque tiene hambre. El mercader se ríe con la cabeza pillada en la trampa y un hilillo de sangre que le baja por la comisura.

18 de septiembre de 2010. Llega un momento en que hay que dejar de lamerse las heridas y empezar a pensar en chupar pollas.

Todo se acaba

Sea por inercia o porque a mí me tocó pronto, el año UNO de mi despeño por los once mil escalones del monte Niesen fue suave. Aunque todos los años UNO son suaves. En realidad, el año UNO prácticamente no existe. Le pasa como al verano, que sólo existe en la memoria. Luego te acuerdas del año UNO en el despeñadero, pero, mientras lo vives, sencillamente dejas que las cosas sucedan. No es difícil. Está el subsidio de desempleo, está la indemnización, está todavía la idea de que no te puede pasar a ti, y la autoestima sólo ha recibido por el momento la magulladura de la patada en el riñón. Grande, sí, pero una.

El año DOS es distinto. La caída va tomando velocidad y los golpes pequeños se acumulan. El año DOS en el despeñadero es aquél en el que te das cuenta de que todo se acaba, de que estás vieja, de que ya has puesto el culo en demasiados lupanares a tu edad como para resistir sin heridas fatales.

La velocidad de caída y la oscuridad que empieza a rodearte provocan ataques de pánico en los que no es extraño que pierdas de vista quién eres e incluso deseas olvidarlo definitivamente.

El 28 de enero de 2010, el periodista Arcadi Espada, director de su propio experimento, el diario digital *Factual*, comunicó a los trabajadores que dejaba su puesto y se desentendía de la redacción. No era, desde luego, un buen comienzo de año. Al día siguiente, los propietarios del diario despidieron a toda la redacción excepto a cuatro personas que tardaron algunos meses más, pocos, en irse #alaputacalle. Yo dimité de mi cargo de subdirectora el mismo día que salió Espada. ¿Por qué? Para empezar,

porque sin él no había diario. Para seguir, porque me propusieron sustituirle, algo que de ningún modo iba a hacer. Y por fin y principalmente, porque habían decidido echar a la calle «al 80 por ciento de la plantilla», según sus palabras. O sea, una veintena corta de colegas. Lo que en 2008 iba a ser una crisis algo larga, entonces, en enero de 2010, ya se tenía como un desplome total. O sea, que la grieta de esa uña maldita estaba llegando al extremo del territorio aquel que imaginábamos unas páginas atrás; y los habitantes que iban quedando en la parte izquierda, la que crujía y se agitaba amenazando abismo, la que se estaba desplomando, miraban paralizados el trajinar de quienes todavía trajinaban allá lejos.

Insisto en que es importante colocar en el tiempo los despidos, o sea, los despeñamientos hacia el desahucio, porque el pánico ha ido creciendo a medida que se han ido acumulando parados. Y a la pregunta «¿Ahora qué hacemos?» la ha sustituido la certeza «No hay vuelta atrás, ¿verdad?».

De aquellos veinte profesionales despedidos, la mayoría tenían trabajos que habían dejado para unirse a un proyecto que aseguraba un mínimo de dos años de funcionamiento, garantizado por unos depósitos o inversiones que evidentemente no existieron nunca. Tras cuatro meses de trabajo impecable, se les daba la patada en el riñón hacia el despeñadero, un despeñadero que ya todos sabíamos adónde conducía, con una frivolidad digna de asombro.

Y es esa frivolidad la que me ha asombrado también en algunos de los últimos despidos. Me sirve de ejemplo el último ERE de *El País*. Cuando a mí me despeñaron del diario *ADN*, los directivos tenían claro que venía una crisis, pero de ninguna manera se sabía, en aquel roñoso 17 de noviembre de 2008, que iba a alcanzar a partir en dos lo que conocíamos hasta entonces como mundo laboral, consumo o vida. No creo que aquéllos que me dieron la patada en el riñón, ni el director ni el propietario —y conste que con esto no los salvo, yo estaba embarazada de ocho meses—, pensaran que me mandaban a un mundo en el que ya no habría trabajo para mí. Ni para mí ni para prácticamente nadie de los que caímos. Y habrá quien diga que no es para tanto, que algunas colaboraciones se consiguen. Y una mierda. Eso es lo que son las colaboraciones que la mayoría consigue, una

mierda *king size*, un engaño sin red al que llamamos trabajo porque a ver qué hacer si no. Sin embargo, los directivos del diario *El País* echaron el 12 de noviembre de 2012 a 129 trabajadores. Y esos directivos —listos, porque si no ya tendrían algún sillón en el Congreso— sabían perfectamente que la patada que les estaban propinando a aquellos 129 trabajadores los iba a despeñar por los once mil escalones del monte Niesen hasta que sus huesos quebrados dieran contra el final, contra el suelo, contra la nada dura como una roca y, si es que les quedaba algo propio por entonces, contra el desahucio. Ahora ya no cabe argumentar que no sabíamos que la crisis iba a ser para tanto.

Por eso me espanta con qué frivolidad, con qué puñetera frivolidad se manda a la calle a trabajadores, muchos de ellos con hijos, en una situación de emergencia económica como la actual. Con qué frivolidad se manejan esas gentes cuyos sueldos anuales se cuentan en millones de euros. A quien le interese, el sueldo de Juan Luis Cebrián, consejero delegado de Prisa, editora de *El País*, puede encontrarse en internet, confirmado por él mismo, y se cuenta en millones de euros.

En fin. A finales de enero de 2010 acababa la efímera aventura de *Factual* y a principios de junio nos despedían del trabajo prostibulario de llenarle páginas a un periódico a cuenta del Ayuntamiento de Barcelona y la Generalitat de Catalunya. Una peste bonita mientras duró, pero los nuevos tiempos ofrecían nuevos modos. Más baratos aún. Estaba claro que, con los despidos en bloque, los directivos de los medios de comunicación olieron el miedo de su gente, así que en seguida supieron que enterrarían sus remilgos bajo la amenaza de cualquier recorte, y se plegarían a hacer de publicitarios, de voceros políticos y de lo que hiciera falta. Y bien que hacían (los currantes), ya lo he dicho: la dignidad profesional y la pureza del oficiante se te acaban con el hambre. Ahí se encuentran el empobrecimiento brutal, a palos, del ejercicio responsable de mantener a la población informada de lo que sucede, y también el intento de destrucción de un colectivo profesional miserizado, utilizado y prostituido por unas empresas con demasiados intereses y relaciones con el mundo financiero como para hincar el colmillo en ese hueso.

Primer verano en la casa paterna

Hacia mediados del año DOS en el despeñadero, si estás viviendo del paro ya sabes que vas de cabeza al hoyo, que en unos meses ya no tendrás ingresos, nada, CERO, no serás pobre sino lo siguiente. Entonces es cuando se multiplican los episodios de ansiedad, el vértigo, las horas del lobo, las noches en vela, la agresividad y ciertos gestos de humillación ante los amigos con cargos en empresas. Si visitas a un psiquiatra, se empeñará en que tomes pastillas. Si las tomas, te aferrarás a ellas como a una botella de oxígeno allá abajo, donde los peces abisales.

Si no cobras el paro, porque lo has capitalizado y te has decidido a montar tu empresita, porque te has hecho autónomo directamente o porque has comprado la increíble moto del emprendedor, ya te estás dando cuenta de que pagar autónomos empieza a ser insostenible, y que estás abriendo deuda nueva (además de la del piso, la del colegio y la del teléfono, que van asomando el hocico): la de Hacienda. ¿No es la deuda una manera de invertir?, vas preguntándote. Sin duda, bien lo saben los bancos. Sólo que, en la actualidad, ni ellos ni nadie con dos dedos de frente van a dejarte un chavo; ¿quién iba a invertir en un parado? Porque eso es lo que eres, y lo sabes, a los ojos de cualquiera. No un nuevo empresario, no un nuevo profesional, sino un parado que se está gastando lo poco que le queda en fingir que tiene trabajo. ¿Lo tienes?

Y además de tener claro todo lo anterior, sigues despeñándote y eres consciente.

Sentadas en el porche de la casa de verano de mis padres, mi hermana Anica y yo esperamos a que lleguen los niños a comer. Desde que la crisis le cerró el negocio de muebles a mi madre, tuvieron que mudarse a vivir a la casa de la playa, un chaletito años setenta, invendible a estas alturas. Ahí hemos acabado todos este verano. Mi hermana y su familia, por hacer piña. Yo con los dos críos, porque no me da para mantenerlos en casa, con tres comidas diarias y los gastos que suponen, y además estoy agarrada al clavo de una novela. Tres familias, dos de ellas con hijos, en un chalé de veraneo y Costa Dorada suponen una promiscuidad cercana al infierno. Afuera se oye chapotear a los críos y las risas de los padres que comparten aperitivo en la terraza cercana. Mi hermana sabe que yo no tengo para cerveza y que empieza a incomodarme demasiado que me inviten a las cosas que no son estrictamente necesarias.

—Anda, guapa, cómprame tabaco.

Los cigarrillos son estrictamente necesarios.

—Ay, Cris, ¿cómo vais a vivir ahora?

Se le llenan los ojos de lágrimas. Mi hermana es una tipa fuerte que ha transitado por el filo de la muerte, colgando de un gotero, más tiempo del que cualquier Superchica podría soportar. Sus lágrimas me pasan una cuchilla por el vientre.

—¿Quieres que te conteste?

—Sí.

Años después, escribiendo este libro, recordaré ese instante como el de la primera ruptura absoluta. Mi hermana me pregunta cómo vamos a vivir y yo no tengo más remedio que responderle con sinceridad. Y eso significa que me lo tengo que decir a mí misma, sinceramente también. Ah, los enunciados. Hay que ver cuántas veces durante el descenso por el despeñadero te das cuenta de que saber las cosas que suceden es un paso de algodón. El hierro, el filo, está en enunciarlas. Y entre un paso y el otro media ese mundo que una trata desesperadamente de no pisar.

—No lo sé. ¿Sabes cómo lo veo? —Crac—. No tengo ninguna salida.

—Crac—. NINGUNA. —Crac.

Me rompo, sí, hablan mis mil pedazos.

—...

—Ya no tenemos ningún ingreso ni esperamos tenerlo. Creo sinceramente que no vamos a salir de ésta. No sé; en cuanto vea que los niños empiezan a sufrir demasiado, empacaré mis cuatro cosas de vida y me los llevaré a instalarnos a otro sitio.

—¿Dónde?

—No lo he pensado. —Cabecea y no hay reproche en el movimiento—. Ya, ya lo sé, qué quieras, lo sé pero no lo he pensado. Me instalaré en el sótano de aquí, o en el dormitorio de la cuidadora de la abuela, en Zaragoza. Echaremos a la cuidadora y la cuidaré yo, y a cambio viviremos allí, ¿no?

—¿Y tu piso de Barcelona?

—No tengo ni idea. Me lo quitará el banco, imagino. Ya le debo dos meses. Me han llamado con no sé qué asunto de la morosidad y metiéndome prisa. ¡Prisa! Comprenderás que, si a duras penas llego para dar de comer a los críos, perder el piso o conservarlo es algo en lo que no puedo pensar.

—Pero te cargas con una deuda de por vida.

—¿Qué quiere decir «de por vida», cariño? ¿Qué es una deuda cuando no estamos hablando de vivir, sino de sobrevivir?

Vivo con la sensación de estar creando peso constante entre quienes me rodean, esperando con fervor septiembre y aterrada con que septiembre llegue al fin. Puedo elegir desaparecer, o aceptar que soy como un basural andante que mancha lo que toca y continuar en la casa paterna donde los niños chapotean y su abuela los invita a chocolate. Elijo multiplicarme en las cosas de la cocina, las comidas, las cenas, mi encierro en la novela.

Estoy arando la tierra. Sin esperanza de lluvia, pero arando. Eso no lo puedo explicar sentada en el porche. No así.

Momento tierra o qué hacer tras la caída del meteorito

Llegué a la casa de la playa con un ordenador, el arranque avanzado de una novela negra y el proyecto de una página web. La novela era el único clavo a que yo me podía agarrar, y me dio por pensar en la tierra.

Me dio por pensar en que la tierra da frutos sólo con que repartas los frutos de sus frutos y les prestes atención. Hay que pensar en ello. No sé al resto, pero puedo asegurar que a mí semejante obviedad me resultó tremadamente reveladora. Y sí, quizás agudizó algo mi tendencia etílica, por aquello de Fallarás, hay que ver hasta dónde tenemos que remontarnos. La tendencia etílica se va agudizando con la necesidad de borrar lo que ves, hasta que te plantas definitivamente y decides no morir. Pero ésa es otra historia.

La tierra.

Creo que en situaciones semejantes resulta inevitable pensar en el Armagedón, el Apocalipsis, el Fin del mundo o más bien en una catástrofe del tipo «ha caído un meteorito, quedamos diez supervivientes y por narices hay que remangarse y volver a empezar». Este pensamiento no llega, claro, inmediatamente después del despido. Ni siquiera inmediatamente después del fin del momento espejismo. Llega justo en el instante en el que te plantas delante de tu pareja y te oyes decir: Cariño, a partir de ahora la carne es para los niños, ese miserable momento de posguerra para el que no estás preparada, que pertenece a narraciones antiguas, a tomas en blanco y negro y abuelas especialistas en convertir las mondazas de patata en cristal. Y aun así, lo peor del momento la carne para los niños no es el instante en el que

lo enuncias y te rompes un poco (más) y te desprecias por trágica sin que eso lo haga menos inevitable. Lo peor son las semanas, los meses siguientes a espaguetis, arroz y tortilla francesa, cierto empobrecimiento físico del que no te das cuenta hasta que alguien, generalmente de la familia, se presenta en tu casa con varios filetes y un paquete de carne picada para el congelador. Por iniciativa propia. Esas cosas no hace falta decirlas. Se transparentan.

Total, que caído el meteorito y enunciada la frase monda de patata en blanco y negro puto, una piensa en la tierra. En fin, yo pensé en la tierra. No en la Tierra, sino en la tierra. Pensé: Si se cae todo lo que conocemos, si no queda nada ni nadie que nos dé trabajo —el trabajo es también un concepto en el que se piensa mucho—, sin los modelos acostumbrados para ganar dinero, ¿cómo se logra sobrevivir? Eso pensé, y sólo se me ocurrió, después de darle muchísimo a la cabeza, lo juro, una respuesta: La tierra tiene frutos.

La tierra tiene frutos... Hay que joderse, Fallarini, quién te ha visto y quién te ve.

Pero en fin: cuando después de darle muchas vueltas a un asunto llegas a una idea, más vale prestarle atención, aunque sólo sea para calibrar tu grado de desequilibrio.

La tierra tiene sus frutos, es decir: el trabajo —propio, solitario, empecinado— sobre la tierra produciría frutos. Mejores o peores pero, por lo pronto, comestibles. Siguiente paso: yo podría vender/intercambiar esos frutos para conseguir cubrir otras necesidades. Sí, claro, de cajón. Pues no tan de cajón, porque cuando llevas tres meses sin ningún ingreso y ningún ahorro, y además no ves en el horizonte que pueda llegar a caer nada, y por lo tanto ya no sabes qué monda hervir, lo normal es quedarte paralizada, pensar que no hay ninguna, NINGUNA salida, y empezar a mirar con cariño las colas de la Cruz Roja, que también. Así que este razonamiento que parece de tonto de baba fue el que me salvó de comerme los frutos de mi propia amargura y morir atorada en verde bilis.

O sea: vale, yo tengo tierra y aperos de labranza. O lo que es lo mismo, tengo papel y tengo tinta. Desde entonces, como estoy haciendo en este

momento, escribo en cuadernos, cuadernos grandes y pequeños, libretillas y las partes de atrás de las agendas escolares, cartillas de publicidad y también algún cuaderno robado. Era la tierra que yo tenía a mano y pensé que mejor posponer, en la medida de lo posible, el momento de inclinar el lomo sobre el barro, sobre el real.

En este punto debo aclarar que no he descartado en los últimos tres años ninguna idea, ni siquiera ésa del lomo y el barro, ni siquiera otras muchísimo peores, no todas dentro de la legalidad ni de la mínima dignidad. ¿Pero acaso son legales las actuaciones de quienes nos gobiernan, de los bancos cuya usura nos ha llevado hasta aquí? ¿Y acaso se puede considerar dignidad esto que vivimos?

29 de septiembre de 2010: ya está todo roto

Cuando la huelga de septiembre de 2010, yo no era la desahuciada concienciada que soy ahora. Por supuesto, paraba en las huelgas generales, pero hasta ahí llegaba, nada de salir a hacer de piquete individual como haría en la de octubre de este infierno 2012 en el que escribo esto. No tengo un recuerdo exacto de cómo funcionó la huelga aquella contra las medidas de José Luis Rodríguez Zapatero; sí de mi rabia, de darme cuenta por primera vez de que todo estaba ya roto. Y no hablo de mi casa, sino del mecanismo democrático al que no habíamos prestado demasiada atención, porque nos parecía que ya iba solo.

Era una huelga contra la reforma laboral del gobierno del socialista José Luis Rodríguez Zapatero, pero, tras esa excusa, era también contra los recortes sociales que entonces parecían bestiales y que con el tiempo han quedado en anécdota. Y contra una política iniciada entonces por Zapatero que llevaría a inyectar miles de millones de euros a los bancos españoles. Dinero público, nuestro dinero. Todo aquello que terminaría el 25 de noviembre de 2011, con el indulto a Alfredo Sáenz, consejero delegado del Banco Santander, condenado por la Audiencia Provincial de Barcelona a seis meses de cárcel y multa de nueve mil euros por delitos de acusación y denuncia falsa. Zapatero no necesitaba hacer eso, pero estaba claro que iba a perder las elecciones y no se privó del gesto. Fue un mohín de poder político, amanerado, igual que la cesión del dinero público a los bancos sin exigencias. Caía por su propio peso que a cambio de inyectarles esa tracalada de millones podría haberles exigido que dedicaran un porcentaje

al crédito a los ciudadanos, a parar los desahucios de pisos, a multitud de cosas. Pero ese gesto no se produjo y en aquella omisión germinó nuestro desengaño.

No tengo un recuerdo exacto de cómo funcionó la huelga del 29 de septiembre de 2010, pero sí que pensé: los políticos son representantes de los ciudadanos, ¿en qué momento hemos olvidado eso? Y luego: ¿qué mecanismos existen para exigir que desempeñen su mandato, que es el de hacer que se cumpla la voluntad de aquéllos que los han elegido?

Aquel 29 de septiembre recuerdo que estaba sola en Barcelona con los críos —mi compañero, Argemí, escritor, había viajado a Alemania por algún asunto literario— y que el día 30 se cumplía el plazo para presentar la novela-clavo al premio L'H Confidencial. El premio era vital, porque aquella novela era la apuesta para sobrevivir, la pequeña tierra que arar. Necesitaba sacar algo más que un mero adelanto —entre mil quinientos y dos mil euros—; tenía que ganar esos doce mil euros. Pongamos que después de arar el adelanto eran cuatro patatas y el premio una cosecha entera, o sea, patatas para todos y durante un tiempo. Aquel día tenía que acabar de corregir la novela, imprimirla, hacer copias y entregarla, y, para poder hacer todo eso, llevar al mayor al parque con unos padres que amablemente se habían brindado a hacerse cargo de él. Pepa, en la sillita, había sido imposible de colocar. Lo cierto es que no había acabado de leer la novela completa, ni siquiera creo que la hubiera acabado de escribir completa, pero no había tiempo. Y en cualquier caso, ¿cuándo una novela está completa?

—Niños, venga, un poco de marchita que tenemos prisa.

Salimos de casa sobre las diez y media de la mañana, desayunados, limpios y dispuestos a enfrentar algo así como un día festivo. Una se imagina las huelgas como domingos de regalo, con toda seguridad a causa de una deficiente educación política y sentimental; no entrará a describir en este punto la infancia en una familia rica de derechas y profundamente católica. Había hecho mis planes: cogemos el metro, nos deja en quince minutos en el parque, me vuelvo corriendo, termino, copistería...

De ahí que me costara tanto entender la calle, detrás de la cristalera del portal en la plaza Universitat, el rastro del fuego en los contenedores enfrente de casa, el quiosco cerrado, restos de los macetones de la cafetería rotos, esparcidos, y mi alma en el centro. Metí bajo la sillita el paquetón de folios que llevaba para seguir corrigiendo en el metro y me eché a empujar con los ojos llenos de lágrimas. Una hora de ida y otra de vuelta, como poco, más dar de comer a la cría, recoger al mayor, planes a la mierda. El metro no funcionaba y yo no tenía un euro para coger un taxi, sí, un taxi que habría pagado en mitad de una huelga general sin ningún empacho porque aún no era la pesada, beligerante, furibunda y piquetera individual en la que me ha convertido todo esto que sucede. Y a veces no se lo perdono a la crisis; echo de menos cuando era cínica, soberbia y politoxicómana leve en taxi. Ésa es la verdad.

Ganarse la vida

El tipo luce unos cincuenta con onda en gris a lo Stewart Granger, está moreno aún o está ya moreno, no podría saberse, y se ha teñido los dientes de un blanco que da un poco de miedo. Viste vaqueros, camisa de rayas naranjas y granates en distintos grosores sobre fondo blanco, fondo blanco sobre vientre liso, vientre liso bajo pecho trabajado, americana de pana color almendra tostada y mocasines. Ante un hombre con mocasines — tampoco sé si aún o ya con mocasines— y semejante fulgor dental, una amarillea, esto es así, una se pone parda, pierde brillo, gana edad.

—Así que camarera, ¿no?

—Bueno, no exactamente...

Error grave. La respuesta es sí. Pero la respuesta es sí en un bar de barrio, en una barra gallega, en un local pequeñito del gótico o donde un amigo. En un bar de copas con sueldo aceptable y amarilleando, la respuesta puede ser no.

—Yo en realidad soy periodista, pero necesito curro.

Conoces ese gesto, esa manera de mirar más allá, algún punto más allá detrás de ti, esa manera de perder el interés como buscando a alguien, o deseando que llegue. O sencillamente tratando de evitar el aburrimiento que, si no le produces ya, sabes que vas a producirle.

—¿Y has trabajado antes de camarera?

—Hace ya muchos años, cuando estaba en la universidad, y no me pareció un trabajo especialmente...

Parecerá una idiotez —hay tantas cosas en este rodar por la escalera del monte Niesen que lo parecen—, pero lloras más cuando un tipejo de dentadura rutilante y todavía mocasines ya no te acepta como camarera de un bar de copas caras, que cuando el director de tu diario y colega te manda #alaputacalle preñada de ocho meses. Y te sientes más cucaracha, y más vieja, y rechinás más los dientes, y mecabontuputamadre chulo de mierda, y te das cuenta de que ya ni siquiera tienes edad para que te pidan una mamada a cambio de escuchar tu solicitud de empleo.

Pero entre todas las frases que has tenido que decir mientras el Stewart Granger catalán seguía buscando paliar su tedio con algo, cualquier cosa más allá detrás de ti, una expresión se te va a quedar bailando un vals con la culpa: De algo tengo que ganarme la vida.

Ganarse la vida.

Ganársela.

De golpe —y «golpe» es la palabra— te parece una expresión antiquísima, polvorón de abuela o de la cosa rural. La abuela preguntaba con los primeros novios, aquellos chicos madrileños, «¿Y ese chico se gana bien la vida?». De golpe, lo aterrador de la expresión, su literalidad se solidifica y te cae sobre la cabeza: La vida hay que ganársela. O sea, la vida no la tienes así como así, por el simple hecho de nacer, qué cosa popular lo de nacer, la vida te la tienes que ganar. ¿Y si no te ganas la vida?, te preguntas, sentada en un bus urbano que ya ha dejado atrás el centro y no sabes hacia dónde se dirige. Si no te ganas la vida, la pierdes, ¿no?, te respondes.

De golpe te das cuenta de que en la sociedad que hemos levantado, y en ese continuo de casas, locales, farolas, neones y vehículos por el que avanza el autobús de línea, un animal precioso y primermundista que funciona a gas de puro ecológico, ganarse la vida puede resultar imposible. Que hay millones, MILLONES de personas que no se ganan la vida, o sea, que la están perdiendo. Que ganarse la vida ahí son los ochocientos euros de alquiler, más los cien euros por niño del comedor escolar, más los suministros de

electricidad, agua, gas, teléfono, recogida de basuras, más ropa y calzado infantiles, más leche, arroz, patatas, lentejas, carne y pescado, jabones varios... Gánate tú si puedes todo eso.

Días en estado de sitio

A mediados de 2010 y viendo que ni de camarera, decidimos poner en marcha una idea que me rondaba la cabeza desde antes de que Espada y su efímero *Factual* se cruzaran en mi camino: hincarle el diente a la edición digital. O lo que es lo mismo: si tienes que ponerte a arar la tierra, más vale que tus frutos sean exóticos, o al menos que no sean las puñeteras patatas que todo el mundo anda recogiendo. O sea, que más te vale jugar con la fruta de la pasión. Por aquel entonces, no hace ni tres años pero parecen veinte, se empezaba a hablar de lo digital, de la edición digital. Así que nos juntamos un puñado de restos de despidos y decidimos montar un artefacto que funcionara a la vez como tarjeta de visita, muestra de lo que éramos capaces de hacer (por si alguien picaba), editorial digital y página de información diaria. Estaba claro que venían tiempos peludos e íbamos a necesitar herramientas y lugares de encuentro y respuesta crítica. En fin, Sigueleyendo.

El grupo inicial duró poco, no es fácil trabajar en equipo. Nunca. Más difícil aún es trabajar en equipo sin cobrar. Porque, si es cierto que internet te da la posibilidad de echar a andar un espacio ¿laboral?, partiendo de una inversión igual a cero, también lo es que te pone a currar a cambio de un sueldo igual a esa inversión. Así que algunos se fueron, otros se alejaron, alguno permaneció, pero quedó la Luna. Y en la Luna me refugié cuando me di cuenta de que estaba definitivamente rodeada.

La Luna es el local que alquilamos en el Barrio Chino barcelonés, por quinientos euros que se convirtieron después en trescientos y que ya hace tiempo que son cero y espera, aguántanos un mes más que va a entrar algún euro de aquí, de allá, qué sé yo, montemos una frutería paquistaní. Amo a

nuestro casero. El localito está en el número 1 de la calle Luna, y de ahí el nombre.

El 27 de octubre de 2010 escribí en mi blog:

Arrecia el frío y aquí, en el Puesto del Este, empiezan a escasear las vituallas. Nueve meses de sitio son mucho tiempo. Ellos siguen ahí afuera, ya casi nunca se les oye, pero podemos sentir su tensión y oímos las patas de sus perros, las uñas contra la piedra. Su silencio es casi peor que lo otro. El capitán partió a buscar algo, sólo eso, algo. Salió sin despedirse para no romper esto que llamamos equilibrio y que sólo es una representación a punto de romperse. Su ausencia resta ánimos a la tropa. Afortunadamente, están los niños y eso nos obliga a mantener el ánimo.

Y al día siguiente:

Parece que el frío nos ha dado una tregua. Y la noche. Aquí en el Puesto del Este el amanecer es momento de lucha, la actividad apresurada que tape todas las derrotas, y que no pasará del mediodía. Los cobardes siguen ahí afuera, los otros. Durante la noche oímos algunas palabras, palabras como Puta, Fuego y Dios, que nos recuerdan la amenaza. Si supieran que son esas palabras las que me dan alegría, las que me recuerdan que estamos vivos... Eso y la esperanza de un improbable encuentro piel a piel con alguno de los capitanes. O con el capitán.

Cuando terminé este segundo párrafo del segundo día, me di cuenta de que efectivamente me sentía rodeada. De que estábamos sitiados, mis dos hijos y yo. De que efectivamente empezaría a escasear la comida, y lo que llegaría a partir de ese momento sólo podía ser peor. No lo hice a propósito,

no fue fruto de una reflexión, pero el tono posapocalíptico de lo que luego sería una novela estaba ya instalado en mi ánimo, y no creo que en el mío sólo. A esas alturas, con 2010 acabándose, sentía que el mundo había terminado, o que se estaba yendo al garete. El mundo que conocíamos, el que se basaba en ciertos derechos básicos garantizados, aquél en el que vivir era sinónimo de trabajar para ganarse la vida, mejor o peor.

Recuerdo que el 11 de noviembre de aquel 2010 apareció en los diarios la noticia de que un hombre se había suicidado en la calle Juan de Juanes del polígono Gornal de Hospitalet, Barcelona. Se colgó de un árbol, en la vía pública, hacia las cinco de la tarde. Tenía una mujer de treinta y tantos y una hija de catorce. La empresa pública Adigsa le reclamaba nueve mil euros por haber ocupado una vivienda echando abajo la puerta de una patada. «Sabía que iban a desalojarnos», declaró su ya viuda. Aquél fue el primer suicidio derivado de los desalojos. Luego vendrían más, y se hicieron más famosos, e incluso consiguieron que los políticos españoles tomaran algún tipo de iniciativa, miserable, insuficiente. En cuanto a los medios de comunicación, lo contaron como de pasada, y aún tardarían un par de años, hasta finales de 2012, en reaccionar. En ver que los desahucios matan, que las familias que pierden el techo lo han perdido todo antes, que el desahucio es el final de un despeñamiento larguísimo. Pero todavía hoy cuesta que entiendan algo tan sencillo. ¿Cuánto tiene que haber sufrido un hombre para colgarse de un árbol en plena calle, a las cinco de la tarde, dejando atrás mujer e hija? Y, por encima de eso, ¿quién es el responsable de tanto sufrimiento?

Entonces, una tarde le dije a mi compañero:

—Argemí: a partir de ahora, por favor, tú te haces cargo de los niños y de la casa, yo me voy a encerrar en la Luna. El 31 de enero termina el plazo del concurso de novela breve Ciudad de Barbastro.

—¿Otra?

—Con una larga no me atrevería. Si me presento a dos premios, doblamos las posibilidades de que nos toque algo.

—Eso no funciona exactamente así.

—No importa cómo funcionan las cosas. Ya nada funciona.

Cuando echas a correr, lo de menos es la lógica. A medida que el año dos en el despeñadero va terminando, se lleva consigo todo lo demás: los restos de algún ingreso, los restos de esperanza de que algo suceda, los métodos domésticos y los razonamientos laborales. Se lleva consigo lo que conocíamos como realidad y lo que conocíamos como lógica.

—Hola, ¿Cristina?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Marisa, del BBVA.

—Ah, sí, Marisa, pensaba ir a verte esta misma semana.

—Cristina, tienes que ingresar algo en la cuenta. Se va a cumplir el tercer mes sin pagar el piso. Si no ingresas algo antes del viernes, pasará a mora, y entonces tu problema se va a multiplicar, porque esto ya irá a los servicios jurídicos y empezarán a cobrarte intereses de demora.

¿Por qué debería uno saber lo que son intereses de demora? Hay términos que cuando los entiendes es porque ya los llevas clavados en el lomo. Banderillas de demora. Yo qué sé los putos intereses, piensas, bastante tengo con arar. Pero tiemblas.

—Sí, sí, pensaba pasar a verte esta misma semana. Aguántamelo un poco, que tengo un proyecto...

Las primeras llamadas del banco provocan un desasosiego como cuando estalla una tormenta negra con rayos y truenos que ponen a temblar los terrones en una carretera en la que te has perdido. Y se acerca la noche. Y no te cabe duda de que acabarás a oscuras, totalmente, porque si hay algo inevitable es que la noche llegue. El teléfono se convierte en el principal enemigo, un enemigo de bolsillo, enemigo portátil. Luego ya te cortan el teléfono, pero eso sucede un poco más adelante.

Sabía que sólo con el premio L'H Confidencial, en el caso de que me lo dieran, no iba a poder enfrentar todo lo que vendría. Si presentaba otra novela a otro premio, doblaba las posibilidades. Ésa es la forma en la que una piensa cuando echa a correr. *Arrecia el frío y aquí, en el Puesto del Este, empiezan a escasear las vituallas.* Era exactamente eso.

Y encerrarme en la Luna todo el tiempo sin sueño, yonquis, putas, camellos, reenganchados flor de after. Barrio Chino. A los auriculares, Astor Piazzolla. Pasmada en pan y té verde ante aquel relato de la situación que nos colocaba más allá del desastre.

Poco más de dos semanas después, el 15 de noviembre, apunté en el blog:

Ayer acabé de escribir una nueva novela. Es una novela corta, lo llaman una nouvelle, a saber... Empecé a escribirla hace unos veinte días, justo antes del fin de semana de Todos los Santos, y salió y salió y salió. Es un texto corto, claro, pero que me ha exigido una inmersión parecida a la que me supuso Así murió el poeta Guadalupe. Uf. Y lo cierto es que tiene algunos puntos en común con aquélla. El resultado me inquieta, se aleja de mí. Es exactamente eso, alejada. Ahora a ratos me tiemblan un poco las manos o me duele el estómago. Aquí he ido dejando algo de ella. Se titula Estado de sitio. Al principio quería escribir una historia de amor arrebatada. A ratos también me sucede ahora que ya no quiero ver a algunas personas nunca más. A mí las historias de amor siempre se me han dado muy mal. Será por eso que me ha vuelto a salir una novela de soledad y muerte, con alguna escena levemente sexual. Ayer acabé de escribirla y ahora la he puesto a secar, como quien dice. Ya la retomaré. [...] Aún tiene que salir antes otra novela que tengo entregada por ahí, una maravillosa historia de detectives y niñas muertas. Sí, todo más fácil. Pero no han dejado de dolerme el estómago y esas otras cosas que me mantienen en vilo.

Ya estaba el pequeño terruño sembrado, y nosotros preparados para arrancar el proyecto de Sigueleyendo, una forma como otra cualquiera, como tantas otras, de creer que teníamos trabajo.

2011

AÑO TRES EN EL DESPEÑADERO DEL MONTE NIESEN

19 de abril de 2011. Ay, qué más quisiera yo que ser una mujer dulcemente melancólica con las cuentas ventiladas, florecientes, el alma en paz, el pasado templado y el presente caliente, pasear el bosquecillo junto al cauce que verdea, beber té con especias, ordenar a la cocinera unas verduras de la bonita huerta del patio trasero, ay, leer y no parar, qué más quisiera yo que no sentir este cosquilleante deseo de agredir o matar.

Reinvéntate la hamburguesa

En enero de 2011, exactamente el día 10, se abrió la web de Sigueleyendo. El noempleo que habíamos inventado. Allí estábamos Txiqui Navarro, Lucía Lijtmaer, Raúl Argemí, Soledad Arismendi, Silvia Cruz, Susana Sánchez y, de lejos, Paula Ruiz, Carles Teixi y los escritores Willy Uribe, Carlos Zanón y Guillermo Orsi. No era fácil. No es fácil explicar algo pensado para amoldarse a lo que cambie. Lo único claro es que era un noempleo, es decir, un proyecto que partía con la única inversión del trabajo de todos nosotros y sin sueldos. ¿Qué es Sigueleyendo exactamente?, me preguntó meses después la periodista y escritora Llucia Ramis. Un artefacto, le respondí, un artefacto de intervención que juega con lo periodístico y lo editorial. Pero esas cosas hay que esperar a que sucedan, son cosas que no se pueden explicar al principio. Y aun así lo intentas, claro que lo intentas. Cuando estás abajo y ves que puedes echar a pedalear monte Niesen arriba, o al menos pedalear para no caerte, lo intentas todo. Los miles de compradores de la moto del emprendedor lo saben bien. Fui a ver a varios amigos y conocidos para ver si estaban dispuestos a meter pasta, aunque fuera poca pasta, pero nadie está dispuesto, en mitad de una crisis maya, a meter pasta en «un artefacto», y menos aún en uno que no está estrictamente pensado para dar dinero. Además sucede una cosa con toda esta martingala del reinvéntate y el hazte emprendedor: sucede que una no sabe lo que es una empresa, más allá de que supone unos gastos mensuales que no te puedes permitir. Sigue que una no sabe desarrollar un plan de empresa. Sigue que una no sabe cuadrar un balance. Sigue que yo, como me dijo un amable asesor económico, debería haberme buscado alguien presentable, lo que él llamó «el hombre de empresa». O sea, que ni

mi pinta ni mi discurso valían para vender la moto a la que me había subido. Y ahí entramos en el delicado mundo de los asesores pagados por la administración, aquéllos que te atienden gratis, porque, después de montar una sociedad, pagar autónomos y otras perlas, te queda para el café al que los invitas.

Yo había visitado a uno de esos hombres. En fin, había hablado con varios, pero hubo uno, procedente de la Generalitat de Catalunya, sector Empleo, que tuvo más continuidad.

—¿Qué es lo principal de una hamburguesa?

—De una hamburguesa?

—Sí, coño, de una hamburguesa. Tú vendes hamburguesas, ¿qué es lo principal de esas hamburguesas?

—Pero es que yo quiero vender libros.

—Me importan un pimiento tus libros. Céntrate en la hamburguesa.

—Sí, me centro.

—¿Qué es lo principal de la hamburguesa?

—¿Que la carne sea de buena calidad?

—¡Piip! ¡Error!

—...

—Lo principal de tu hamburguesa son las patatas.

—¿Qué patatas?

—Y la Coca-Cola y la ensalada de col.

De ahí a recomendarme que ofreciera con los libros digitales unos vibradores y ropa interior mediaron dos cafés.

—Y ahora, os vais a apuntar a unos cursos de Barcelona Activa para participar en unas sesiones donde os pondrán en contacto con otros emprendedores y acabaréis viendo a unos *business angels*... Pero lo principal, ya sabéis, ¡las patatas!

Lo cierto es que lo principal no eran las patatas, sino los amigos. Eso una tarda poco en entenderlo. Así que, hacia mediados del mes de abril, hablé con una veintena de escritores amigos, casi todos salidos de las filas de la novela negra, para pedirles que me enviaran un texto original. Consistía en reescribir un cuento clásico infantil pero para adultos. A cero euros. Les dije: Vosotros ponéis el cuento, y nosotros la edición, maquetación, distribución y venta. Y vamos a medias, *fifty fifty*. Venía a ser algo así como asociarnos con cada uno de los escritores y, de paso, hacer de la necesidad virtud. Cero euros.

Los cuentos se publicaron a finales de aquel 2011. Para entonces, del equipo inicial ya quedábamos la mitad, y estaba claro que echar a andar un proyecto en medio de una crisis fukuyámica desde la tierra desplomada sólo nos iba a proporcionar, a corto plazo, algunas palnaditas en la espalda y cierta presencia en los medios de comunicación. Aprendimos a comer ego. Pero eso fue ya a finales de este año TRES. Antes sucedieron muchas otras cosas y, sobre todas ellas, la certeza de que ahí abajo estaba el suelo y con él, el desahucio definitivo, del que ya no nos libraba nadie. Ni a mí ni a muchos otros.

Vete de España o morir en el coche

El invierno es duro con un solo calefactor y dos niños. «Duro» es un concepto tremadamente relativo. El 7 de febrero de 2011, ya con más de medio año sin ingresos a la espalda, amanecí con una noticia en la radio, una de esas pequeñas piezas de relleno, que me conmocionó y puso en marcha todas las alertas. A esas alturas pensaba a menudo en dónde pueden vivir las personas, en qué lugares, y, entre las muchas fantasías que tuve, todas espinosas, recuerdo que empecé a escribir la historia de un tipo que, como no le llegaba para alquilar un piso, alquilaba una plaza de garaje. Imaginé la vida de mi protagonista en sus quince metros cuadrados con todo lujo de detalles, cómo hacía para que no le molestaran, para calentarse, para comer y cumplir con una higiene mínima, etcétera. Pasé días dibujando la vida en aquella plaza de aparcamiento; me sentaba bien, quizás como retrato grotesco de una puerta de salida, como construcción de una posibilidad, o como todo lo contrario, quién sabe.

Hasta aquel 7 de febrero. Oí la noticia en la cama, aún no había amanecido. En la radio el locutor informaba de que habían encontrado a un hombre muerto dentro de su coche en Logroño, estacionado en su plaza de aparcamiento. Decía la noticia que el hombre había muerto «de frío y desnutrición». Frío. Y, sobre todo, desnutrición. ¿Cuántos días pasa un hombre dentro de su coche para morir desnutrido? Retrocedí e intenté imaginar su día a día desde entonces, desde aquel entonces en el que decidió meterse en su coche a vivir, y hasta el momento en el que lo encontraron muerto dos policías en una pequeña capital española. Podía ser un desequilibrado, alguien con voluntad de muerte, podía ser uno de esos toxicómanos que ya se dejan ir, o podía ser un hombre desesperado sin nada

más a lo que agarrarse que un coche en el garaje. Daba igual. Aquella noticia me provocó una especie de pánico constante que cualquier especialista habría diagnosticado como ansiedad. En agosto del año anterior había sufrido el primer crac, la primera ruptura en el ánimo, al enunciar frente a mi hermana que no había salidas, que no sabía qué hacer, que ya no tenía nada, al admitirlo. Seis meses después llegó el segundo crac y fue mayor, una sacudida larga y negra como una tormenta de días y días en alta mar: podía quedarme en la calle. En la puta calle. Crac. Golpes que caen de pronto, puestos en movimiento por una noticia, por una conversación. Crac. Por cualquier detalle. Estaban ahí, esperando a ser enunciados, para destrozar y arrasar.

Acabar en la calle. Como el hombre en su coche. Sólo que en mi caso esa posibilidad era inconcebible y muchísimo más peluda: tenía dos hijos, y una cosa es que tus hijos pasen por episodios de precariedad dura, y otra es arrastrarlos a habitaciones compartidas y similares, pisos ocupados, restos de viviendas, casas de amigas...

Y es que justo ahí, en las amistades, reside uno de los puntos difíciles del desahucio, en el «Tendrás amigos, ¿no?» que la amable empleada del BBVA me soltó el día que le dije que yo no podía irme de mi casa. Yo tengo y tenía amigos, claro, cada vez menos y en situación más precaria, pero sí, tenía amigos. Seguramente el hombre que murió en su plaza de aparcamiento también tenía amigos en el momento en el que decidió que aquel vehículo sería el lugar donde iba a vivir. La diferencia entre él y yo eran los hijos. Él pudo rechazar las ofertas —si las tuvo— de amigos, pudo evitar meterse a mantenido, a insecto, a ocupante engoroso en casa ajena, una deposición en medio del pasillo de otro. Porque eso es lo que uno siente cuando sopesa la posibilidad de que un amigo le acabe cobijando. A diferencia de aquel tipo, yo, llegado el momento, debería plantearme la posibilidad de aceptar —en el caso de recibirla— la oferta de la amiga, con el convencimiento de que, si estuviera sola, sin hijos, preferiría sin lugar a dudas el cobijo de un coche.

Y llegada a este punto, pensaba: Pero en el caso de estar sin hijos, yo me iría fuera de España.

Ah, lo de irse. Lo de irse de España es como lo de «Hay que reinventarse»: martingalas tan repetidas como inconsistentes.

Pero pesan.

Recuerdo una entrevista que le hice tiempo después al periodista Ignacio Escolar, hoy director de *Eldiario.es*. Fue el miércoles 16 de mayo de 2012, y yo ya preguntaba a todo aquél que se ponía en mis manos qué haría si no tuviera forma de conseguir ingresos, por si existía alguna idea que no se me hubiera ocurrido:

—Mi pregunta se puede resumir así: ¿tú crees que la organización política y económica en la que vivimos tiene fuerza para controlar que esto vaya a más o corre el riesgo de romperse?

—Creo que estamos ante un serio riesgo de ruptura institucional. Lo más grave que está pasando en estos meses, más allá de los bancos, aparte de la crisis de la economía y la falta de fe en los partidos políticos, es que todo apunta a la ruptura institucional; que, de repente, todo el consenso social en que se basa este país, desde el 76 o el 77, se vaya al garete.

—¿Por qué no hay violencia?

—Es la pregunta. No lo sé. Porque estamos entrando en un tramo de la crisis en que la gente ya se juega la vida. Estamos enviando a la clase media a vivir de la asistencia.

—¿Tú tienes hijos?

—Sí.

—Si tú, ahora, te quedaras sin ninguna posibilidad de ingresos, como tantos, ¿qué harías?

—Largarme del país. Lo más rápido posible.

Aquel Largarme del país tan contundente se me clavó en la culpa. Llevábamos meses en España leyendo noticias sobre el exilio de jóvenes que no veían futuro en su país. Y con razón, porque el paro juvenil había superado ya el 50 por ciento. También había regresado a sus países un buen porcentaje de los inmigrantes que llegaron con los años de bonanza y ladrillo. A esas alturas, yo ya había escrito a mis amigos de Italia, Argentina y México, varias veces, sobre la posibilidad de encontrar allí trabajo. Todas las opciones se abrían y se cerraban con la misma rapidez. Pensé que

probablemente Escolar podía coger a su hijo, o sus hijos, y salir directo hacia un puesto de trabajo en algún sitio. Sin embargo, para quienes no teníamos esos contactos, o sea, la inmensa mayoría de la población, liarnos la manta a la cabeza, desescolarizar a los críos y lanzarnos a la aventura resultaba una opción tan peregrina como una plaza de aparcamiento.

Lo que vale un premio en la brecha

A mediados de enero, Blanca Rosa Roca, dueña y señora de Roca Editorial, me llamó por teléfono y me salvó un poco la vida. Al menos, me salvó parte del año y me dio la opción de dejar de huir del banco y remontar la posibilidad del desahucio. En realidad, sólo de aplazarla, pero un aplazamiento significa todo en esas condiciones. Roca Editorial es la convocante, con la biblioteca La Bòbila, del premio L'H Confidencial de novela negra al que yo había presentado los originales de mi novela *Las niñas perdidas*, entonces aún llamada *Mis niñas muertas*.

—Hola, ¿con Cristina Fallarás?

—Sí, soy yo.

—Hola, Cristina, soy Marisa, del BBVA.

—Ay, Marisa, es que me lees el pensamiento, estaba a punto de pasar a verte.

—Cristina, empezamos a tener un problema serio. Volvemos a tener tu cuenta a punto de entrar en mora.

—Sí, lo sé, lo sé. Lo tengo previsto. Por favor, aguántamela una semana, sólo una semana, que está a punto de entrarme un ingreso.

Un ingreso a esas alturas, a principios de enero del año TRES, también llamado 2011, era una idea tan marciana ya como ganar un premio literario, algo de cuya posibilidad había borrado cualquier esperanza. Y sin embargo.

—¿Sabes, Marisa? Es que me acaban de dar un premio. —Mentí como una bellaca.

—Ah... Enhorabuena.

—Sí, es un premio de doce mil euros, que no es mucho, pero ayudará en este bache.

Cuando una dice «este bache», a esas alturas, le crece la nariz. ¿Cómo vas a decirle a la empleada del BBVA que lo tuyo es un despeñamiento en toda regla?

—Ten en cuenta que ya debes tres meses, que éste será el cuarto y nosotros no podemos aguantarte más la cuenta para que no pase a mora.

Mora de la morería.

—Ya, ya, ¿no te estoy diciendo que he ganado un premio? No te preocupes, que la semana que viene paso a verte y lo arreglamos todo.

No eran sólo cuatro meses de piso. Eran cuatro meses de piso, cuatro meses de colegios, un préstamo de mi madre, un préstamo de mi hermana y dos préstamos de sendos amigos, para agua, luz, gas, comida... Cuando no entran ingresos en una casa, cero ingresos, se vive de pedir, pero eso yo a Marisa no pensaba contárselo. En total, era casi el montante del premio completo —los doce mil se quedan en menos de nueve mil— que entonces, cuando Marisa me llamó para arrancar el año deseándonos lo mejor, ni me habían dado ni yo confiaba ya en ganar. Pero, igual que aprendes a pedir, aprendes a mentir con soltura.

Sin embargo, Blanca Rosa Roca acabó llamando. Llamó un par de días después de mi conversación con Marisa. Y me dieron el premio. Me alegré, por supuesto que me alegré como loca, pero no me atreví a hacerle la única pregunta que yo quería: ¿Cuándo pagan?

Y fue entonces, en los días que van desde mediados de enero hasta el 26 de marzo, fecha en la que me hicieron entrega del trozo de hierro que me declaraba premiada y un cheque, cuando empecé a entender la brecha que ahora está tan clarísima, el *up and down*, lo imposible de que quienes no están como tú entiendan tu situación.

Desde que me anunciaron el premio hasta que me lo pagaron pasaron tres meses. Tres meses para una editora, para un ayuntamiento o para una agente literaria es un lapso de tiempo que nada tiene que ver con tres meses

para una escritora sin ingresos, cero. En esos meses se corrigió la novela, se maquetó, se diseñó la portada, se cambió el título, se preparó la fiesta de entrega, con su correspondiente espectáculo, contesté a decenas de entrevistas, escribí artículos y todo lo hice sin recibir respuesta a la pregunta que finalmente acabé haciendo: ¿Cuándo pagan? En esos tres meses yo escribí en varias ocasiones que mis hijos comían las patas de las sillas y casi era verdad.

—Hola, ¿Cristina Fallarás?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Marisa, del BBVA.

—Ay, hola, Marisa, te juro que están a punto de pagarme. Te parecerá mentira, pero todo se ha retrasado porque, además de ser cosas lentas, las de la administración, ha dado la mala pata de que se ha muerto el concejal de Cultura.

Y esto era la puritita verdad.

—Yo te entiendo, Cristina, pero ya no se trata de mí. Van a ser ya cinco meses de deuda. Esto es insostenible. Ya me has dicho veinte veces que están a punto de pagarte el premio.

—Pero ya veis que lo cobraremos. Te he ido mandando todas las entrevistas que publican en la prensa...

—Que sí, Cristina, que sí, que yo te entiendo, pero tienes que entenderme tú a mí, esto empieza a no depender de nosotros.

—¿Y si te mando una nota del ayuntamiento que certifique que me van a pagar ese dinero?

—Bien, envíame la nota y hablamos. Pero envíámela pronto.

CLINC.

—¿Mónica?

—Sí.

—Hola, Mónica, mira, perdona que te moleste, pero es que no me contestan del Ayuntamiento de Hospitalet, y pienso que quizás tú, como mi agente que eres, podrías ver si te hacen caso...

—Ya, Cristina, esta gente es muy lenta.

—Pero faltan sólo tres semanas para que me lo entreguen, ya estamos en marzo, y a mí el banco me va a cortar las tetas, me han cortado el teléfono y, lo que es peor, me van a dejar sin casa...

—No, mujer, sin casa no.

Finalmente era sí, sin casa sí, y fue mi agente, Mónica Martín, la que adelantó el dinero que el banco reclamaba ya con amenazas legales.

El ocio y el ¿para qué?

El premio L'H Confidencial volvió a ponerme en circulación; cómo decirle a la gente que sí, que has ganado casi nueve mil euros, pero que igual que han entrado han desaparecido. Es más, que ni los has catado. Mes y medio después, el 14 de mayo, me comunicaron que había ganado también el Premio de Novela Corta Ciudad de Barbastro, esta vez con aquel «estado de sitio» que acabó titulándose *Últimos días en el Puesto del Este*. Unos doce mil euros limpios, así que no pude evitar que quienes me rodeaban sintieran que subía de nuevo al territorio de arriba, allí donde la gente seguía yendo a la peluquería, se compraba pescado y crema hidratante. Yo sabía que no era así, que aquello era un parche, pero no evité alegrarme ni quise parecer una ceniza. Sin embargo, algo estaba definitivamente roto.

Si hay algo que se queda viejo de inmediato en cuanto empiezas a despeñarte monte Niesen abajo es el ocio. El ocio sin más, tan años noventa; el ocio de pasar el rato mirando la etiqueta de tu cerveza, de echarse a la calle a una copa y unos porros, o unos loqueseas que atonten un poco.

—Hola, Cristina.

—Hola, guapa.

—Vamos a salir, ¿te animas?

—Salir, ¿a qué?

—¿Cómo que a qué? Pues yo qué sé, salir a salir, a tomar unas copas.

Salir a tomar unas copas, de golpe, es una idea que se perdió en el tiempo, allá lejos. Y eso lo digo yo, nacida en el 68, adolescente de los ochenta, polijuerga de los noventa. Salir a salir es una práctica muy difícil de comprender en estas circunstancias. Recuerdo la conversación, porque

yo misma me sorprendí luego, y no me hizo mucha gracia, de haber preguntado «¿a qué?». Me dieron ganas de preguntarle a aquella amiga: ¿Te refieres a tal cantidad de alcohol y tóxicos que consigan un olvido fulminante y efectivo?

Mientras tanto, y con el respiro que da verte con las deudas pagadas aunque te queden dos meses para volver a estar en pelotas, me permití el lujo de volver a mirar alrededor. Es verdad que cuando todo aprieta te centras en tu ombligo, tus mañanas de angustia, tus tardes de depresión, tus noches de pánico. Un desastre. Allá afuera había sucedido algo, algo que con el nombre de 15M y *Spanish Revolution* e Indignados daba la vuelta al mundo propugnando una protesta que me resultó irritantemente pacífica y que no entendí demasiado. No es verdad que entre los pobres cunda la comprensión, ni que florezca la solidaridad. La miseria es una de las peores formas de soledad, y eso está bastante reñido con salir a la calle a sentirte bueno.

Las cifras de la violencia

El 15 de junio de 2011, algunas personas enfurecidas agredieron e insultaron a los políticos catalanes que se dirigían al Parlament a debatir los presupuestos. Algunos días antes, exactamente la mañana del 27 de mayo, la policía había cargado contra los indignados que permanecían acampados en la plaza de Catalunya. ¿La razón? El Barça iba a jugar un partido importante y consideraron imprescindible despejarle el lugar por si los aficionados decidían celebrar la victoria, o todo lo contrario. Los *mossos d'esquadra* utilizaron con saña sus porras y dispararon bolas de goma. Las fotografías de la carga, por su violencia, se multiplicaron en imágenes que daban miedo y vergüenza. Santa María de Youtube. El portavoz del gobierno catalán, Francesc Homs, declaró que sólo se trataba de una labor de limpieza. El asunto acabó con 121 heridos.

Así que, durante las horas anteriores al debate de los presupuestos, la zona del Parlament estaba rodeada de personas que protestaban por los recortes, por la violencia policial y por la situación de precariedad que imponían las medidas económicas. Y algunas de ellas agredieron, vapulearon e insultaron a algunos políticos, nada serio en realidad. Hay versiones que aseguran que pertenecían a las propias fuerzas de seguridad. Hay quien dice que no. Me pareció que aquello no tenía mayor importancia, porque había otro asunto que sí era primordial. La violencia que se vivía en Cataluña, y que no era aquélla de los indignados, desde luego, era de tal magnitud que podría haber dado para una batalla campal.

Aquella misma semana, el coordinador de la Cruz Roja, Enric Molist, acababa de asegurar que tenía que remontarse a la guerra civil española para encontrar un momento tan peligroso. La institución a la que

representaba había dado de comer en el último año a más de 140 000 personas^[2]. El año anterior habían sido más de 130 000. Eso sí que era violencia. En Cataluña, en aquel julio de 2011, se calculaba que el 20 por ciento de la población estaba en el umbral de la pobreza, un número que no ha hecho más que crecer hasta hoy, por supuesto.

Ésa era la verdadera violencia; sin embargo, en Cataluña las portadas de todos los periódicos se centraban en la otra, la que les parecía que había ejercido aquel grupo de indignados contra sus políticos.

La Cruz Roja iba a repartir aquel año, sólo en Cataluña, más de nueve toneladas de alimentos entre 143 436 personas. Si sumamos 2008, 2009 y 2010, nos sale la cifra de 376 888 personas alimentadas por la Cruz Roja en Cataluña, dependientes del Programa de Alimentos de la Unión Europea. Sólo en Cataluña, y sólo por la Cruz Roja; súmele otros servicios sociales, desde los públicos hasta Cáritas. Desde septiembre de 2009 hasta abril de 2011, la Cruz Roja había repartido en dicha comunidad 37 135 kits de apoyo social entre 58 448 personas. Estos kits contienen productos de primera necesidad, como alimentos, utensilios de limpieza e higiene o pañales. Éstas eran las verdaderas cifras de la violencia.

En cuanto a los niños, y según datos de Cáritas, «uno de cada cuatro niños catalanes» se encontraba «en una situación de pobreza y vulnerabilidad que les dificulta hacer efectivos derechos básicos, como el acceso a la salud o la educación». La pobreza infantil en Cataluña había pasado en un año del 18,5 por ciento al 23,3 por ciento. Violencia.

El presidente del Tribunal Superior de Justicia de Catalunya, Miguel Ángel Gimeno, había anunciado un mes antes que en 2010 se habían tramitado 6645 casos de desahucio. Habían sido 5321 en 2009 y 3926 en 2008, lo que sumaba un total de 15 892 desahucios tramitados en los últimos tres años en Cataluña, sin contar lo que llevábamos de 2011. En cuanto a las ejecuciones hipotecarias en la comunidad autónoma, fueron, respectivamente, 18 152 (2010), 18 053 (2009) y 11 240 (2008). Violencia.

Sebastián Mora, secretario general de Cáritas, se hacía la siguiente pregunta: «¿Cómo va a estudiar alguien cuando no tiene qué comer?, o

¿cómo va a pensar en apuntarse en un itinerario formativo cuando no tiene casa?».

Cuando no tienen casa.

El tercer plazo

Empiezas a no tener casa a partir del tercer plazo. El problema se encuentra en el tercer plazo, la tercera cuota, ahí exactamente. Hasta la tercera, somos solamente un riesgo: se llama crédito dudoso. A partir de la tercera, somos un problema: usted es un moroso y su oficina bancaria se va a desentender de su caso, que pasará directamente a lo que llaman servicios jurídicos. Los servicios jurídicos ya no son humanos, son un aparato que aplica ciertos mecanismos y modos a cada una de las personas con las que lida. Usted es un cliente más en una rueda cuyo girar responde a un código que ni va a entender ni debe hacerlo.

Lo más sorprendente de la avalancha de desahucios en España es la falta de previsión de los bancos que concedieron aquellos créditos.

Volvamos a la grieta: los que se han desplomado no tienen forma de volver a subir. Su papel consiste sencillamente en hacer sitio para que los que van cayendo quepan. Y también, si les quedan fuerzas, tienen recursos, etcétera, en enunciar su situación. De ellos, todos los que paguen por el espacio que habitan dejarán de hacerlo.

Volvamos al monte Niesen: los que han empezado a despeñarse, o sea, aquéllos a los que dieron la patada, los despedidos de la crisis, que son más de cuatro millones de personas, con mayor o menor velocidad, con más o menos golpes, acabarán en el suelo tras rodar los once mil peldaños. De ellos, todos los que paguen por el espacio que habitan dejarán de hacerlo.

¿Es esto tan difícil de entender? ¿Era esto tan difícil de prever?

En España habrá dentro de nada más de seis millones de parados, dos millones de familias en las que ninguno de sus miembros tiene trabajo o forma de ganarse la vida. Dos millones de personas con CERO ingresos

mensuales. Y se multiplican las preguntas: ¿Cómo es que nadie ha previsto todo esto? ¿Para qué quiere una entidad financiera miles y miles de pisos que no le rentan? ¿Por qué no se ha reaccionado? ¿Por qué ningún gobierno tomó medidas ante lo que se avecinaba? ¿Es que nadie quiso verlo? ¿Cuánto han inyectado en las entidades financieras? ¿Por qué no se les ha exigido nada a cambio? ¿Por qué los medios de comunicación han tardado tanto en dejar constancia?

Me cito con un hombre que fue un ejecutivo de un banco hace tiempo absorbido por otra entidad bancaria. Su nombre importa poco.

Estas cosas me dice:

—El crédito hipotecario nace como una operación compleja. Necesita una especialización y criterios distintos al crédito al consumo.

»En sus orígenes, las cajas de ahorros no participaban en créditos hipotecarios, porque nacieron con el fin de ayudar a los pequeños ahorradores.

»A medida que crece este sector, los bancos se van especializando y crean sus unidades hipotecarias.

»Al principio, el negocio importante se encuentra en el promotor de viviendas, y sólo después se traslada al comprador. Al promotor se le ayuda a construir y luego los compradores se subrogan, es decir, se divide el crédito promotor entre los compradores.

»Hay que tener siempre en cuenta que el negocio de la banca es prestar dinero, cobrar los intereses y recuperar el principal, ése es su negocio, y no la beneficencia.

»Como quiera que son operaciones a largo plazo, se requieren medidas de seguridad, es decir, tomar garantías suficientes y analizar que sea viable. Se exige que el promotor ya sea dueño del solar, que es lo que aporta a la operación. Y el crédito se da mediante certificaciones de obra, poco a poco, no de golpe. Eso era al principio.

»La figura del crédito inmobiliario se monta honesta y correctamente. Pero se prostituye cuando el banco y el comprador creen que esto es jauja y,

entre otras cosas, aparecen la competencia bancaria y la burbuja inmobiliaria.

»La especulación irrumpió en lo que en principio es un bien adquirido para su uso y disfrute.

»Los bancos deben cumplir una serie de coeficientes, es decir, guardar una proporción entre los recursos propios, su liquidez, su pasivo y su cartera crediticia.

»El crédito hipotecario, en momentos buenos, es una operación apetecible, es el que menos cuesta dar: se compra un inmueble por cien y, poco tiempo después, vendes por ciento veinte.

»Se prostituyen las empresas tasadoras, que pasan a funcionar al servicio del banco, y también al servicio del comprador. Triunfa la idea de que nadie se va a quedar a vivir en el piso que ha comprado, sino que lo venderá con beneficios.

»Se amplían los plazos para que las cuotas sean menores y consigan créditos hipotecarios personas que no podrían acceder a ellos. Personas que no se dan cuenta de que en cincuenta años habrán pagado el piso cuatro veces.

»Un hecho innegable es que las personas quieren pagar. Lo que sucede es que piensan que el piso va a valer siempre mucho más. Y nadie piensa que el empleo se va a pegar la gran hostia. Así que el valor de lo hipotecado baja: entonces no puedes vender porque no hay quien compre porque las hipotecas están infladas y tu piso ya no vale lo mismo.

»El crédito hipotecario es un producto que nace bien y se convierte en la niña bonita para la banca y en un objeto de deseo para las personas. Y se olvida la ética.

»Evitar dejar a una persona en la calle es una cuestión de políticas económicas, financieras y sociales, debidamente estudiadas y consensuadas.

»Los pisos que se quedan en la cartera de un banco dañan su sanidad y, entre otras cosas, su capacidad de expansión, ya que debe cubrirlos con recursos propios. Adjudicarse pisos no es el objetivo de los bancos, y suponen un freno a su estabilidad y rentabilidad.

»Se crearon sistemas automáticos de concesión de créditos (*scoring*): consistía en llenar una plantilla. Es un sistema que se va alimentando y que se corrige a sí mismo: parámetros cruzados que indican estadísticas, pero que no predicen el futuro, claro. No se predice un paro del 25 por ciento de la población. Y además los datos que se cumplimentan deben ser fiables y verídicos.

»El de los bancos y cajas ha sido un problema de competencia entre ellos. Si en lugar de tantas cajas y bancos hubiera habido una regulación bancaria... más restrictiva, posiblemente habría pasado lo mismo pero quizás se habrían minimizado las consecuencias. Pero se abrían oficinas como quien abre bares: se multiplicaron como setas. Y ¿qué hay que hacer para mantener una oficina? Captar clientes. Y ¿qué necesitas para captar clientes? Competir con el de al lado, dar más créditos y ofrecer mejores condiciones. En un principio se concedía a los pisos el 80 por ciento de la tasación, a las naves no más del 60 por ciento, con la condición de que fueran polivalentes, pero esto a lo largo del tiempo fue siendo historia.

»El problema de los bancos que se quedan con pisos no es nuevo, es cíclico. En el 92, por ejemplo, salieron a la venta pisos de los bancos a porrillo. Una posibilidad de que los bancos mejorasen la rentabilidad de los pisos que deben adjudicarse, sería ponerlos en alquiler, pero esto debería ser objeto de un análisis interno profundo.

»Las rebajas que luego los bancos hacen del precio de los pisos no suelen ser sobre valor de mercado, sino sobre valor contable. Si un banco dice que vende el piso al 50 por ciento de su valor, puedes tener por seguro que el banco no pierde dinero, pues hay que valorar también la repercusión que tiene la liberación de fondos propios y la mejora de sus coeficientes.

»Los intereses de demora se producen porque, al ser un crédito contaminado, o crédito malo, hay que penalizarlo de acuerdo con las reglamentaciones y regulaciones bancarias existentes.

»Con los fondos europeos creamos infraestructuras y construimos un estado del bienestar que resulta, en parte, insostenible. Pero también es cierto que hemos sufrido una clase política que ha antepuesto en ocasiones sus intereses partidistas por delante del bien común y se ha olvidado de

regular el futuro, cuando después de las vacas gordas, inexorablemente, vienen las vacas flacas.

Ahí queda eso, pensé. Podría parecer un juego si el resultado no fuera tan siniestro. El juego de una panda de niños consentidos moviendo un tropel, millón, más millón, más millón de peones para ver hasta dónde llegan. Aquí estamos sus peones, en cueros, pensé. Puñeteros inconscientes. ¿O no ha sido sólo inconsciencia?

Esto no es un espectáculo y ¿qué le pasa a mi cabeza?

Vivir en el centro de una ciudad pensada para el turista tiene alguna ventaja y un contenedor modelo vertedero de desperdicio industrial lleno de inconvenientes. El inconveniente principal número uno son los turistas. El segundo inconveniente principal número uno son los que te dicen «No te quejes de los turistas, que sin ellos a ver de qué íbamos a vivir». ¿De comérnoslos?

La plaza Universitat de Barcelona es el centro y no lo es exactamente. Queda algo alejada de las Ramblas y el Barrio Gótico, que es lo que a ellos les gusta, y linda a la vez con el Ensanche y el Raval. Entre la vida acomodada y el lumpen, en términos generales. Yo vivo en la plaza Universitat —lo cierto es que cuando usted lea este libro, probablemente, ya no—, donde, además del gran edificio de la vieja Universidad Central de Barcelona, hay un par de bares con grandes terrazas, un restaurante de tapas pensado para turistas que no soportan las barras tradicionales, muchas paradas de bus y un cajero de La Caixa. El cajero de mi plaza es un cajero amplio con tres máquinas dentro y una afuera. Existen cajeros de un durmiente, de dos durmientes al bies, y los que podríamos denominar cajeroscampamento, donde pueden instalarse a pasar la noche hasta cinco durmientes, y sus enseres, e incluso el perro de quien lo tenga. El cajero de La Caixa de Universitat es uno de estos últimos.

Cuando llevas tiempo sabiendo que te despeñas, que vas de cabeza al desahucio, no te quitas de la mente la posibilidad de vivir al raso, de dormir al raso. No te la dices, ¿cómo vas a decírtela? Te hundirías sin remedio, y tu

única salida es seguir remando, seguir pedaleando, aferrarte a lo que te has inventado para adaptarte, aunque sea de mentira: las normas de un mundo que no existe ya.

La ventaja de ponerles fecha a los apuntes al vuelo es que luego puedes situar en la línea de tu tiempo las cosas que suceden. La noche del 30 de octubre de 2011 debió de ser tibia, porque el huésped que por la mañana aún permanecía en La Caixa de Universitat dormía acurrucado afuera, contra el quicio. Era, y sigue siendo, un tipo joven habitual del barrio, un chico extranjero cuyos desajustes de cabeza impiden situar su origen, porque murmura una jerigonza donde se mezclan castellano, catalán, alemán y palabras en lenguas que quizás no existen o quizás son bálticas. Entonces, aquella mañana, aún llevaba sus largas rastas costrosas. La última vez que lo vi, hace un par de semanas y ya algo más ido, instalado en su más allá, se había rapado. O a lo mejor el paso por algún albergue, institución o celda había exigido el sacrificio capilar. Qué sabremos nosotros del mundo de la calle, los albergues y las salas cerradas, de sus reglas y su mugre.

Las nueve y media de la mañana le habían pillado tumbado en el falso escalón, junto a la puerta bancaria. Recuerdo que salí a la plaza por la calle Tallers, algo agitada tras dejar a los niños en el colegio. Ya había empezado a no pagar la cuota del comedor y los extraescolares de ajedrez de Lucas, así que enfrentar por la mañana la plaza llena de profesores, padres y miembros de la junta de lo que llaman AMPA me provocaba una ansiedad de arañarme el cuello.

Y allí estaba el turista.

El turista y su cámara de fotos. No un teléfono móvil, que es lo normal, sino una cámara negra, pequeña y compacta, colgada del cuello.

El turista y sus dos alegres acompañantes, tres tipos en la cuarentena con morral cruzado y gorra de visera, dos de ellos mirando cómo el tercero fotografiaba al joven loquito que dormía sus miserias bajo la estrella de La Caixa. Y sí, yo tengo una bestia dentro. Tengo una fiera en las entrañas que aflora pocas veces y a la que durante largas temporadas de mi vida he mantenido convenientemente narcotizada, en sentido literal. Porque cuando

esa bestia me vacía el estómago convirtiéndolo en un agujero de vértigo sin fondo, y me agita los pulmones, y me pega tal mordisco en el corazón que me nubla la vista y me quedo ciega, esas veces entiendo perfectamente la expresión «ciego de rabia».

—¿Qué estás haciendo?

El rubio de la cámara me mira sin entenderme ni tener muy claro que sí, que es a él a quien me dirijo. Sigue ahí parado, detrás de su cámara.

—Te pregunto que qué coño estás haciendo, colega.

—Whthfck!

—¿Te crees que esto es una atracción de feria? ¿Te crees que es un monumento? ¿Te parece la Sagrada Família? ¿Te parece pintoresco? ¡Joder, es un hombre, un ser humano, no el parque Güell!

El turista y sus amigos siguen mirándome durante cerca de un minuto pensando, no me cabe duda, que estoy completamente loca, todos en silencio y mi corazón desbocado entre las fauces de la bestia que sé que lo triturará. Entonces, lentamente pero con seguridad desafiante, el tipo sube de nuevo su cámara y vuelve a hacer una foto y la bestia ZAS cierra la dentellada y todo lo que hay a mi alrededor desaparece y lo único que veo —«¡¡¡Hijo de la gran puta, que te pares!!!»— es la cámara bajando y me hago daño, mucho daño al largarle un manotazo torcido que manda la cámara contra el vientre del fotógrafo.

La bestia suelta el corazón, que sigue temblando como una codorniz cuando la tomas y aprietas un poco demasiado; yo me doy media vuelta y camino sin correr pero rápido hacia mi casa, cuatro portales más allá. Mientras ando puedo oír sus gritos, imagino que insultos, y espero el golpe en la espalda, el empujón, la patada. ¿Era eso? ¿Es eso lo que deseo, lo que estoy esperando? ¿Estaba buscando el golpe? ¿Qué coño me está pasando? No bajo el ritmo en el portal, ni en la escalera, ni mientras intento atinar con la cerradura, ni en el pasillo. No bajo el ritmo hasta que cierro tras de mí la puerta de mi dormitorio, me lanzo sobre la cama y dejo que un llanto convulso y a gritos vuelva a acurrucar a la bestia y me libere.

Después, muchas horas después, me digo que yo no he sido nunca una mujer valiente. ¿De dónde te sale esto, Cristinita?, me pregunto. Y me

respondo: De lo cerca que te queda, amiga, de lo cerquísima que te sientes del albergue de un cajero, de que ya hay algo de ti en el loquito que ni se ha inmutado, o al revés, se te ha colado algo suyo dentro. Algo que perdura, porque, cuando termino ahora de recordar y escribir este episodio en mi libreta, las manos me sudan de tal forma que se me escurre el boli. Y puedo sentir el aliento de la bestia por ahí dentro.

Restos de humor

El año TRES termina con la certeza de que ya no hay nada que hacer. Las dos novelas se entregaron, ganaron sus premios, taparon las deudas acumuladas y ya he empezado a acumular otras, nuevas, para las que no tengo ya novelas, ni premios, ni esperanza alguna de salir adelante.

A finales de 2011 ya mis hábitos alimenticios y los de mis hijos habían cambiado por completo. La frase aquella de «*Lacarneparalosniños*», flor de posguerra, había aparecido en casa, y llegó para quedarse. A esas alturas, «carne» significa pollo y algo de cerdo. Los productos de higiene se reducen a lo básico y cualquier producto cosmético ha desaparecido. Queda algo de humor, sí:

2 de noviembre de 2011

Oído lo oído en los últimos días, y lo que ni siquiera oímos, no me quedan ya dudas. Desengáñese: usted también va a ser pobre. Por eso me permito ofrecer aquí algunos mantras cuya repetición permite llegar a un grado de convencimiento satisfactorio.

Vamos allá.

Todavía en la cama, y antes de poner un pie en el suelo, repase los tres básicos: a) Somos muchos; b) Al fin y al cabo, soy un representante de mi tiempo; y c) Hoy también espaguetis, ¡muerte a la proteína!

Hecho esto, ya puede pasar al aseo diario, donde el mensaje es sólo uno y muy fácil de asumir: las industrias química, cosmética y farmacéutica son un fraude. Sólo después de haberlo repetido la vez número trescientos

dejará de llorar ante la hidratante única body-face-puntalpelo y el acondicionador al peso marca Acme de a dos euros el litro, el jabón con agua, la colonia a granel y la alacena huérfana. Repita conmigo: Un fraude.

A medida que deja el baño y se encamina hacia el armario, debe pensar, en este orden, en Kurt Cobain y Sean Penn, Angelina o Uma Thurman cuando iban de hippies, en Viggo Mortensen, Penélope y Bardem cuando parecen *homeless* y en las películas argentinas donde todos llevan chaqueta de lana con agujero (imprescindibles Cecilia Roth y Federico Luppi). Y decir en voz alta, con carita de asco: «¡Qué horterada, arreglarse!». Previamente, habrá conservado (y esto debe empezar a hacerlo desde ya) todas las prendas buenas deterioradas por el tiempo. Piense que una chaqueta cara con remiendo o agujero siempre es mejor que un Lidl. Mientras se calza el terno en descomposición repita: «Estrenar es de políticos y banqueros con brillos». Conviene añadir de coletilla un «Puaj» bastante líquido.

Va a salir a la calle y es usted una persona nueva. Si consigue olvidar que la frase pertenece al odioso Principito, puede usted repetir a cada paso aquello de «Lo esencial es invisible a los ojos», pero me hago cargo de que es un olvido difícil. Por eso, y aunque la opción es menos *new age*, también sirve un socorrido «Mecagon las ministras», mucho más popular y que aporta a la figura una patada más potente.

Si no tiene dónde ir, camine. Si tiene dónde ir, olvide cuánto le van a pagar a cambio. Piense en los espaguetis, en los kilos que está perdiendo y en la baronesa Thyssen. Es básico, llegado el momento, pensar en Tita Cervera, en su hijo y en su nuera. Sea usted hombre o mujer, sabe, debe saberlo, que ellos representan el ejemplo contrario de lo que usted desea. Y esto no hace falta que se lo repita; esto es así desde siempre, sólo que quizás hasta el momento de ser pobre usted no había caído en la cuenta. Unos «Qué bien que no soy Borja Thyssen», «Qué bien que no soy Blanca Cuesta» sientan que ni pintados para ganarle tiempo al día y para tacones pelados y zapatos sin medias suelas.

En cuanto a los hijos. Si no los tiene, no creo que llegue a tenerlos. Si los tiene, puede usted repetirse las siguientes consignas: a) Somos una

familia austera, y es por su bien; b) Esto es bueno para su futuro, sólo podrán ir a mejor; y c) No me separo hasta que las cosas no mejoren.

Si todo lo anterior no es suficiente, si aun así no se acostumbra a agujeros y vacíos, repita Saramago-Sampedro, Saramago-Sampedro, Saramago-Sampedro. Y si es imprescindible, léalos.

Para terminar, es básico que usted haya madrugado. Mucho. Que se levante sobre las seis o seis y media de la mañana. De esa manera, cuando llegue el momento en el que le apetezca una copa, aquella copa que coronaba los días intensos, le bastará con cerrar el ojo derecho para que el resto del cuerpo lo siga y caer muerto hasta el siguiente golpe de despertador.

Y nunca, bajo ningún concepto, deje que le convenzan de que vuelve el ama de casa, y de que lo más chic es refugiarse en un hogar perfecto.

2012

AÑO CUATRO EN EL DESPEÑADERO DEL MONTE NIESEN

7 de febrero de 2012. Primero te echan. Entonces empiezas a remar. Luego llega el desánimo. Remas. Luego llega la rabia. Remas. Luego llega el vértigo. Remas. Luego llega el desahucio. Remas. Luego llegan las llamadas del colegio. Remas. Luego llega el embargo de las cuentas, no vaya a ser que algún día tengas algo. Remas. Luego la luz, el agua, el teléfono. Remas. Luego llega el momento en el que alguien te dice «Hija, hay que ver qué pesada eres con lo de los bancos, los pobres» y eso.

Esto YA no es divertido.

Este lugar empieza a desaparecer.

Unos días NADA más...

... y ya será sólo aquello.

Algunos datos para nada

Todo ha cambiado ya. El silencio, el alimento y la higiene. La indumentaria, el dinero y la educación. La familia, los amigos, el dolor y el hambre. La pobreza y la esperanza. Todo es otra cosa ya.

En España no hay datos exactos sobre los desahucios. El poder judicial calcula que vamos a un ritmo de quinientos al día. Entre enero y septiembre de 2012 pasaron por los juzgados exactamente 49 702 procedimientos de desalojo de viviendas. Hay quien dice que ahí entran locales y segundas residencias. Claro. Pero es que si dijéramos que en vez de cuarenta y nueve mil se produjeron sólo cinco mil ya sería una barbaridad. Y a eso hay que sumarle que el desahucio de locales suele preceder, por asuntos básicos de sostén de la economía familiar, al desahucio de la primera vivienda.

En España no hay cifras exactas sobre las viviendas vacías. Se calcula que rondan los tres millones.

En España no se sabe el número exacto de personas que viven en la calle. Algunas ONG calculan que en 2011 eran alrededor de treinta mil.

A 31 de diciembre de 2011, según datos del Ministerio de Fomento, el *stock* de viviendas de nueva construcción sin vender era de 676 038.

Qué más dan las cantidades. Nada consigue poner en movimiento al resto. Conocemos los datos, incluso los que no existen. Ya no puedo vivir en silencio, necesito que suene la radio día y noche. Me aterra pensar. Limpio sobre lo limpio, me obsesiona con el orden. Me desquicio.

Los chicos aún beben

Los chicos se reúnen en un bar cercano a la Luna junto al que se ha formado una panda de callejeros compuesta por un ciego que a ratos berrea, dos esquinas más allá, «¡Dam, dam, dameee algo, po, po, porfavol!», dos hermanas en los huesos, una joven total y constantemente ebria y algunos pululantes de la zona y del cartón. Los chicos listos y los cultos y así beben sus cervezas en un bar de ahí al lado, digo yo que les gustará la miseria de los alrededores de la calle Sant Pau, y a veces me acerco a saludar de vuelta a casa. Pero tengo demasiada rabia y se me nota. No puedo evitarlo. ¿Quiero? Aparecen las preguntas sobre lo mío, la curiosidad o el morbo, qué sé yo...; puedo no contestar, que es exactamente lo que se espera de mí, o sí contestar: Mal, colega, mal, ¿qué quieres que te cuente?, ha empezado el proceso de desahucio y todo a partir de ahora va a ser mucho más difícil.

Cuando llevas una vida de esas que considerábamos normales, comunes, puedes diferenciar entre el tiempo de día y el de noche, el tiempo del ocio y el de curro, el ahora toca niños y ahora birras y estupefacientes. Cuando llevas una vida de esas que considerábamos normales deberías rodearte sólo de personas que llevan esa misma vida. Sigues en la parte de arriba del territorio aquel que partió la grieta maldita de dios, y no deberías permitir que ninguno de los de abajo irrumpa y manche tu miedo, que ninguno de los que se han hundido ilumine con su mancha tu puñetero miedo de clasemediero consciente, claro que sí, consciente de que todo esto se acaba y sabiendo que cuanto más quieto te quedes, cuanto más ciego, más te durará.

Pero yo, que a esas alturas aún no tengo claro que mi sitio está en la mitad desplomada de la tierra —no es fácil admitirlo—, todavía transito por

el otro lado, por la parte de arriba, de vez en cuando. Y por eso, hacia la una de la madrugada, él me mira.

—Bueno, bueno, Cristina, no será para tanto.

—Ah, ¿no?

—Me refiero a que no dejas de hablar de lo mismo.

—¿Y de qué quieres que hable? ¿Del tiempo, de la moda del yo en la novela?

—Estás convirtiendo tu pobreza en un discurso único.

Y sí, aprendes a hablar del tiempo con las manos apretadas en los bolsillos, y a aceptar alguna cerveza, pocas, disertando sobre la moda de la crónica en literatura. Pero el año CUATRO es aquél en el que aprendes a quedarte en la parte de abajo: ése es tu sitio y arriba molestas. Manchas. Tú aún recuerdas cómo era aquello, cómo se vivía, se comía, se paseaba o se bebía, y te gusta transitarlo como si. ¿Como si qué? Pero es evidente, y es evidente TODO EL RATO, que a ellos no les gusta que te traigas contigo el abajo, la mancha. Como mucho, te aceptarán convertida en animal de feria y, mientras fingen hablarte, podrás leer sobre sus rostros las conversaciones que tendrán cuando te hayas marchado, leerlas con una claridad que te paraliza, con frases perfectas, sobre sus rostros que ya no tienen mucho que ver contigo.

—Cristina, es que parece que nos haces culpables a los que no estamos como tú.

Manchas. Es eso. Eres una pesadez y manchas, y aprendes que no por mucho repetirlo, por decir que aquí se ha abierto una brecha que no se cerrará hasta que la enfrentemos, va a ser más eficaz, va a acabar calando. El primer suicidio es un *shock*, el cuarto es una pesadez: así funcionan las cosas. Luego ya viene cuando dejan de llamarte. Ves las fotos. Esas fotos duelen más que el perpetuo arroz blanco con un ajito. Las cuelgan en Facebook, son reuniones de las de antes, putas fotos, te enteras por Facebook. No formas parte. Por razones evidentes: pérdida de códigos. Sucede un poco más tarde de la una de la mañana aquella en la que un conocido con la birra en la mano te afea estar convirtiendo tu pobreza en un discurso único.

Define «pobreza».

Define «discurso único».

Define «manchar».

Define «exclusión».

Bajo todas esas definiciones indefinidas caracolean la incredulidad —«No será para tanto»— y una pregunta que está en la base de la exasperante lentitud con la que todo esto ha avanzado: «Y si eres tan pobre, ¿por qué no se te nota?». Les contestarías, deberías contestarles «Es una cuestión de esqueleto, queridos insectos», pero la soberbia es algo que pierdes al principio, que quedó en el pasado remoto.

Eso es exactamente lo que le respondí a mi hijo —nueve años entonces — cuando formuló una de las dos preguntas más dolorosas de todo este asunto:

—Mamá, y si nosotros compráramos la ropa que llevo, ¿yo qué estilo tendría?

—El estilo no es una cuestión de ropa, amiguito; el estilo es una cuestión de esqueleto. Del que has heredado y de cómo lo mueves. No tienes nada de que preocuparte. El esqueleto, por ahora, no nos lo van a tocar.

La otra pregunta es: «Mamá, ¿otra vez arroz?».

De nuevo la incredulidad. La misma incredulidad que existía en el año dos permanece en 2012, cuando ya llevo cuatro despeñándome por la escalera del monte Niesen, cuando me he encargado de contarla tantas veces y de tantas maneras como ha sido necesario. Enunciar es necesario. Duele a lo bestia. Enunciar es una batalla contra la muerte. Significa que aún puedes luchar. Pero ¿contra quién enuncio? ¿Contra qué muro? En el centro de esa sordera se encuentra la frase pronunciada aquella noche, oída por enésima vez: «Es que parece que nos haces culpables a los que no estamos como tú». Y mi duda: ¿los hago culpables? Probablemente en cierta medida los unto de una culpa general cuya mayor expresión es el silencio. No es verdad que en España se haya producido una explosión popular contra el

gobierno o las medidas de la crisis. Estuvo lo del 15M y los indignados, sí, ha habido algunas protestas aisladas, la protesta del 25 de septiembre frente al Congreso, la de los médicos en Madrid, es cierto, pero en general cunde el silencio. Con todas las tropelías que los gobiernos de Zapatero y Rajoy han llevado a cabo, con todo el dinero público que han privatizado regalándose al sistema financiero, con todos los recortes en derechos de los trabajadores, educación, sanidad, etcétera que han pergeñado, lo normal sería que estuviéramos incendiando algo.

¿Qué?

Qué más da qué.

Ventas de saldo

Calle Floridablanca de Barcelona, 5 de marzo, 19.30 horas. Temperatura exterior, 13 grados centígrados. Humedad relativa del aire, 47 por ciento. Temperatura interior, helada. En el Cash Converters (Compramos lo que no utilizas, vendemos lo que no te imaginas) una mujer llamada Yatiqué le dice al de la ventanilla que cuarenta, que ha venido por lo de la promoción en la compra de joyas, y que nada de treinta y cinco, que ese anillo viene de Marruecos.

Comprendo que de los dos datos que podrían quitarnos el sueño, o sea, los tres millones de despidos en tres años y el problema del sexismo en el lenguaje, a mí debería interesarme el segundo, ay, pero es que tengo una medallita de la familia...

El lugar llamado Cash Converters es la versión del Compro Oro para los que no tienen oro que vender: la colección completa de los vinilos de La Trinca, un Vibrofit doméstico para tonificar los glúteos (59 euros, oferta del día del padre), centenares de gafas de segundo ojo, decenas de alianzas, en pareja o de difunto, escobas, ruedas de bicicleta, vasos, todo tipo de joyas, DVD, sillones rozados en quién sabe qué veladas, trajes de motero, secadores de pie. El jubilado reciente pasea arriba y abajo con la vista fija en su CD de Raphael. Tres jóvenes chandaleros con aire de extrarradio examinan cadenas con candado, mientras la chica que los acompaña observa embelesada el dibujo en dorado de una sirena. El tipo oriental elige de entre los posavasos los que aún resistirán algunas humedades. Un chavalín de orígenes norteafricanos conduce de la mano a un ruso, o ucraniano, o vaya usted a saber, con las pupilas como platos y restos de sangre seca bajo la nariz. La señora que acaba de salir de la cola del tasador

de joyas los mira con desconfianza y regresa a la zona de tasado. A ver si al final me voy a volver a casa sólo con un susto.

19.48 horas. Cuento veintisiete personas pululantes y calculo varios millares de cachivaches. Con la medallita en la mano me dirijo hacia el fondo del local, donde tras pasar por un arco se llega a unas cabinas. Allí un especialista te tasa la joya, como quien dice. Hay cola. Quien no ha entrado con su medallita sudada hasta el final de un Cash Converters ignora lo que pesa el terrible problema del sexismó en el lenguaje. Lo mismo que un pimiento. El pimiento en el que piensan las otras tres mujeres que manosean sus oros, todos envueltos en retazos de tela que podrían ser pañuelos o ni eso. Paso detrás de la mujer llamada Yatiqué. El tipo tras el mostrador, un gordo centroamericano vestido, como todos los dependientes, de rosa, me mira con amabilidad. Le largo la medallita.

—Vengo a que me diga cuánto me dan por esto.

Sonríe como abrazaría el de la ambulancia a la chica que finalmente no se ha hecho tanto daño.

—Qué preciosidad —dice—, hace mucho tiempo que no veía una de éstas.

Yo pienso que ni su cara ni su edad ni nada en él hacen pensar que pudiera haber visto muchas en ningún otro tiempo, mientras observo cómo pone la pieza en una balanza, teclea algunas cifras y me escribe la cantidad discretamente en un pedazo de papel.

Salgo con mi medallita de familia en la mano y sólo entonces caigo en la cuenta de que el grupo de hombres que hay siempre a esa altura de la calle pertenece, de alguna forma, al universo del desprendimiento. Esperan a sus mujeres, que, en el interior, son las que cobran lo que valga aquello que, como reza el cartel, ya no utilizan. Temperatura exterior, 12 grados centígrados. Humedad relativa del aire, 47 por ciento. Temperatura interior, escarchada.

El texto anterior corresponde a una columna que escribí para el diario *El Mundo* el 5 de marzo de 2012. Era una columna con una parte de ficción,

concretamente la de la medallita. No salí de allí con mi medallita. Hay cosas que mientras puedan permanecer en silencio es mejor no confesárselas a tu madre. Aquel día no fui al Cash Converters con una medallita, sino con una cadena de oro de mi bisabuela, que luego fue de mi abuela y luego de mi madre y que finalmente acabó en manos de un hombre moreno vestido de rosa, buen resumen de la historia familiar. Era una cadena larguísima, de un par de metros de oro, que había servido como colgante de abanicos en las épocas en las que algunas mujeres aún se colgaban abanicos del cuello y luego movían el aire como si así pudiera suceder algo que las librara de su tedio cotidiano.

Era la primera vez en mi vida que me deshacía de algo valioso a cambio de dinero. Me dieron novecientos euros. ¿Qué sentí al hacerlo? Sentí vergüenza, claro, y un alivio pequeño, transitorio. Aquello sirvió para pagar algo de deuda de los colegios, algo de deuda para que la empresita invención de notrabajo pudiera seguir funcionando y, sobre todo, para llenar la nevera y la despensa. No destiné nada al piso, desde luego, porque ya hacía algún tiempo que mi querida Marisa no me llamaba. Y yo tenía claro que eso sólo podía suponer lo peor.

Lo peor

—Hola, buenos días. ¿Puedo hablar con doña Cristina Fallarás Sánchez?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, la llamo de los servicios jurídicos del BBVA.

—Sí, buenos días.

—¿Tiene algún plan para cubrir la deuda contraída con nosotros y que ya supone el equivalente a cinco plazos más los intereses de demora?

—¿Cree usted que si tuviera forma de pagárselos no se lo habría dicho?

—Yo no lo sé. ¿Ha valorado usted la posibilidad de la dación en pago?

—Sí, claro, me parece una opción muy interesante. ¿Me podría decir qué debo hacer yo para conseguirla?

—La dación en pago consiste en que usted devuelve su piso al banco y nuestra entidad, a cambio, la dispensa de la deuda que le queda.

—Me parece estupendo. ¿Y qué debería hacer yo exactamente? ¿Qué plazos tengo?

—Usted debería estar fuera del piso antes del día 1 de abril.

Esta conversación tenía lugar entre el 16 y el 18 de marzo.

—¿Y dónde se supone que vamos a meternos mis hijos y yo para dejarles el piso en quince días?

Mientras hacía esta pregunta, imaginé —¿cómo no imaginarla?— la posibilidad de desmontar el piso a toda prisa. ¿Con qué dinero? ¿Dónde llevar los muebles, los libros, las cosas de los críos? Justo después imaginé que daba igual todo eso, que podía empezar desde cero y abandonarlo todo. Pero ¿dónde ir, dónde meter a la familia a partir de entonces? ¿Debía desescolarizar a mis hijos, llevarlos a Zaragoza y meternos todos en casa de mi abuela, la única que conservaba un piso grande, o en la de mi hermana,

en media habitación para todos? ¿Debía pedir refugio a una amiga? ¿Hasta cuándo? ¿Qué posibilidades de recuperación tenía yo a corto plazo?

—¿Perdón?

—Le digo que si yo no pago la hipoteca es porque tampoco puedo pagar un alquiler, cae por su propio peso. Así que ¿dónde nos vamos mis hijos y yo si les doy el piso? ¿Deabajo de un puente?

—Bueno, eso yo no lo sé. Usted debe abandonar su piso antes del primero de abril.

—Pero para eso quedan menos de quince días.

—Eso no es cosa mía. Tendrá usted familia, tendrá amigos...

En este punto le colgué el teléfono y decidí que no iba a dejar mi casa, que sencillamente no podía dejar mi casa porque no tenía dónde ir ni posibilidad de alquilar ni siquiera la más minúscula vivienda de mi ciudad. Tendría que esperar a que el desahucio siguiera su curso y llegara la policía a echarme por la fuerza. He explicado esta decisión decenas de veces y no he conseguido demasiada comprensión. ¿Por qué no dejar el piso y así deshacerme de la deuda gigantesca que tengo con el BBVA? Porque no tengo dónde ir. ¿Es eso tan difícil de entender? La deuda con el banco es mía, yo la contraje, ¿por qué debería hacer partícipe de esa situación a mi hermana o a una amiga? Se me podría responder que tarde o temprano voy a acabar en la calle igual, con los niños a la intemperie; sin embargo, eso no es algo que yo me pueda permitir pensar. Si yo pensara que mis hijos y yo vamos a terminar sin techo dejaría de trabajar, dejaría de escribir, no estaría usted leyendo esto, dejaría cualquier esperanza, y no soy dueña de saber qué se me pasaría por la cabeza. Es algo que, sencillamente, no puedo plantearme. Durante todo el proceso que ha durado mi desahucio, desde que me despidieron del diario *ADN* aquel miserable 17 de noviembre de 2008 hasta el día de hoy, no he parado de trabajar, de construir, de remar. Si en algún momento me hubiera parado a pensar que todo eso no servía para nada, me habría hundido. Inmediatamente. Y a punto he estado en varias ocasiones. Es posible que me haya equivocado, como en tantas cosas, pero en cualquier caso ésa es mi equivocación.

La rabia contra una persiana

El 29 de marzo hubo otra huelga general, ésta contra la séptima reforma laboral, aprobada en febrero. Aquel jueves conocí a un tipo llamado Ernest con el que pateé la persiana de un cajero de la calle Portaferrisa de Barcelona. Decían que esa reforma laboral iba en contra de los derechos de los trabajadores, pero ni aquel tipo ni yo éramos trabajadores, en sentido estricto, desde hacía algunos años. En mi casa, el último ingreso que había entrado fue aquel premio procedente de Barbastro que me entregaron en forma de cheque el 17 de junio del año anterior, 2011.

Éstos deberían haber sido mis gastos mensuales desde entonces:

1200 euros de hipoteca.

300 euros de colegios.

250 de luz, agua, gas y teléfono, más o menos.

Pongamos que unos 150 de lo que llaman cesta de la compra, es decir, alimentos, higiene y primeras necesidades varias.

Más unos doscientos y pico euros de autónomos que ya no sé en qué momento dejé de pagar.

O sea, que mi casa tenía en teoría unos gastos de alrededor de dos mil euros, que es aproximadamente lo que cuesta la vida por término medio en la ciudad de Barcelona, doscientos arriba, doscientos abajo. En mi ciudad, el precio medio del piso es de ochocientos euros, y los gastos en suministros o cesta de la compra, algo superiores a los que acabo de citar. Así que la vida de una familia media ronda unos gastos de dos mil euros al mes. Pero en fin, si alguien gasta menos, esa suerte que tiene. Yo, desde luego, gastaba mucho menos. En teoría, y según esas cifras, desde que llegó el premio de Barbastro —doce mil euros limpios—, yo debería haber

gastado veintisiete mil. O sea, mi deuda general, y no sólo la del piso, rondaba los quince mil euros, todo eso sin contar los intereses de demora. Llevaba meses dedicándome a sobrevivir como podía con los 280 euros mensuales que me suponían mis cuatro columnas mensuales en *El Mundo* —lo mismo que debía abonar de autónomos por «trabajar»—, y ningún otro ingreso.

Con ese ánimo me eché a la calle aquel jueves 29 de marzo, primera huelga general de 2012, segunda huelga general de mi despeño por el monte Niesen.

El tipo al que conocí aquel jueves 29 de marzo se llamaba Ernest y vivía en Barcelona. Eso me dijo. Estaba delante de mí cuando paré la bicicleta ante aquella caja para tuitear los montones de basura que habían depositado en el cajero. Era un hombre flaco, moreno, y su indumentaria no era la de los montones de jóvenes y no tan jóvenes que andaban volcando desperdicios y pintarrajeados bancos y tiendas. Su ropa y su calzado eran más parecidos a los de alguien que pasea tranquilamente un domingo por la tarde por el centro de la ciudad, agarrado del brazo de su mujer.

Lo escribí en *El Mundo*, escribí lo que sucedió después de que aquel hombre lanzara su patada contra la persiana de la caja de ahorros:

—¡Hombre, hombre, menos rabia y más alegría, que se nos acaba ya la jornada!

El tipo se dio la vuelta. Esa cara, caray, esa cara y ese polo y ese corte de pelo. Tan conocidos, tan como de casa.

Cuando una lleva meses sin más ingresos regulares que los que esta sección aporta —Santa María de *El Mundo* me la conserve—, el universo que los pequeños gestos han ido construyendo imperceptiblemente se resquebraja con un ruido de patitas de rata en el altillo viejo. Ese mundo donde existen las marcas de productos para la limpieza, los tipos de pescado fresco, la carne semanal, ese mundo sobre el que se construye una educación y se levantan ciertas convicciones, se resquebraja así, y algunos cascotes caen sobre los niños. Otros van a abollar la confianza en el descanso de la noche.

—¿Y tú de qué coño vas?

Aquel hombre llamado Ernest, con fuego en la mirada y algo sudado por el gesto reciente, me lanzó la pregunta como quien proyecta el puño. Y su cara no era la de un chaval, sino la de un padre de familia que un día compró aquel polo cuando todavía pensaba que las vacaciones son para alejarse de alguna rutina.

—Nada, hombre, perdona, no te pongas así, era una broma.

Y apenas expulsada, la palabra «broma» cayó congelada sobre la misma baldosa en la que había ido a dar la broma misma. Ver llorar a un hombre de cincuenta y siete años, exactamente cincuenta y siete confesados, con esas ropas que solían llevar los arquitectos y hasta los concejales de fin de semana, atender a su historia...

—Informático, joder, soy informático, y nunca más voy a tener trabajo. Y ya no cobramos ninguna prestación, ni mi mujer ni yo. ¿Tú sabes lo que es ir a los de la Cruz Roja?

—¿Tienes hijos?

—Y no los echan del colegio, ¿cómo los van a echar, qué pueden hacer? Yo fui a ese colegio, y mi hermano...

Hay épocas malas, épocas de carestía, épocas de pobreza. Son las épocas en las que acabas teniendo un trabajo triste con un sueldo miserable. Ésas son otras épocas. Y luego hay épocas en las que no tienes nada. NADA. En estas otras, no puedes cambiar el pescado por arroz o la carne por patatas, no puedes mudarte al extrarradio. Son épocas, como ésta, en las que no tienes menos, ni siquiera mucho menos, sino que no tienes nada. No ganas menos, ganas nada. No tienes poca esperanza, tienes un calzado que jamás imaginaste que irías a usar contra la persiana de una entidad bancaria. Y las llamadas del banco de turno al desayuno.

Conocí el día de la huelga general a un tipo llamado Ernest, ex informático, de cincuenta y siete años, que pegó una patada a la persiana de una caja de ahorros con la certeza absoluta de que a sus cincuenta y muchos ya jamás iba a remontar. Seguramente, fue el azar de nuestras certezas, la suya y la mía, el que nos reunió allí a la puerta. Y él lloraba.

—Claro que sí, carajo, hombre, golpee; dele, que yo me uno.

La salida del pan

El anterior recibo de la luz lo había pagado mi hermana; el anterior a ése, de nuevo una amiga; y el anterior aún, ni me acuerdo. Cuando llegas al extremo de pedir dinero para pagar la luz o el agua, normalmente están a punto de cortártela. ¿Por qué? No lo sé, pero, en todos los casos que conozco —y que no son pocos en estos dos últimos años—, lo normal es ir aplazándolo hasta el último momento. No porque creas que vas a poder pagarla más adelante, no es eso, sabes que no va a suceder nada, porque no hay nada que pueda suceder. Imagino que forma parte de un modo de vivir al que te acostumbras y cuya base consiste en apurar. Apuras la leche y el gel de baño, apuras el azúcar, la sal y los macarrones, rebañas las latas de atún y los fondos de olla. Quizás apurar sea una forma de no asumir la miseria. Guardo una imagen de la miseria, desde que era adolescente, ligada a las mondas de patata. No recuerdo bien quién me lo contó. Sí que su abuela dividía a los pobres en dos tipos: los que apuran mucho la monda de la patata, la rebanan casi convirtiéndola en papel, porque así ahorran, gastan menos; y los que pelan las patatas descuidadamente porque, si eres tan miserable que vas a ahorrar hasta en la monda de la patata, más te vale echarte a robar. A lo mejor es eso. Si «gestionas» la miseria, la aceptas. O tan sólo que una no se acostumbra así como así a pedir prestado.

O sea, que nos cortaron la luz.

Tengo buena memoria y mejores apuntes para las cosas que suceden, sobre todo las del despeñadero, pero por más que he rebuscado en mi cabeza y en mis libretas no he encontrado la fecha. Calculo que debió de ser hacia primavera, porque no recuerdo problemas de frío; sí de cocina y agua caliente, ambas eléctricas. Y las velas, muchas velas al llegar del cole, ya

veréis qué divertido, vamos a ser como colonos en el lejano oeste, o en la Patagonia, bla, bla, bla. Lo de hacer de protas de *La vita è bella* dura unos minutos, los que tardas en cagarte en tu pareja, por su dejadez, y tu pareja en ti, por la tuya, y ojo que hay velas, no vayamos a tener que lamentar las cenizas. Te tocaba a ti pedir. No, te tocaba a ti. Tengo el teléfono cortado. Yo también.

Recordé ese tipo de discusiones, agrias, feas, mezquinas, el día 15 de agosto de 2012, cuando Argemí, mi compañero, agarró su bolsa de mano y partió a las tres y media de la mañana a coger en el paseo de Gràcia el bus que lo llevaría hasta la panadería Granier del centro de Mataró, concretamente en el número 16 de la calle Barcelona. Desde entonces y hasta finales de octubre, la rutina fue ésa: madrugones y cargar harina, hornos, masas, etcétera. No es fácil para un escritor de sesenta y seis años encontrar trabajo en una España que se despieza en paros. Ni siquiera con un paquetón de premios y once libros a sus espaldas. No sé si más difícil, pero sí más amargo de tragar es el camino al horno. Efímero y magro, magrísimo ingreso.

Ya no soy pacífica

El último verano, sembrado de llamadas y amenazas jurídicas, pasó en el refugio familiar, igual que el anterior, pero peor, ya sin preguntas, ya con todo dicho.

Septiembre trajo consigo la recuperación de las rutinas escolares. Mis hijos van a un colegio pequeño de Barcelona, situado en una plaza del Barrio Gótico. Es tan pequeño que utilizan como patio la preciosa placita de muros carcomidos por restos de metralla y, dicen, algunos fusilamientos de la guerra civil. Que sea tan pequeño y esté en la plaza tiene algunas ventajas y un inconveniente básico: la obligación de compartir con el resto de los padres los minutos anteriores a la entrada matinal y el rato de espera hasta que salen por la tarde. Cuando debes varios meses de dos alumnos y parte de los extraescolares de ajedrez del curso anterior, aquellas esperas se convierten en un infierno. Ves desfilar a los padres, pero sobre todo a los profesores y a los miembros del AMPA, y piensas que en cualquier momento se van a acercar a ti a recordarte que aquello es un colegio y no un centro de beneficencia.

Sin embargo, en situaciones de crisis, aquello también tiene algunas cosas buenas, como descubrir que no eres la única.

El primer día de clase se me acercó R.; la madre de un compañero de mi hijo mayor. Quería informarse sobre la marcha de mi desahucio, porque acababan de ejecutar el suyo. De hecho, el de su local, ya que antes le habían quitado el piso, y se había refugiado en la pequeñísima tienda que tenía en el Raval barcelonés.

—Estamos pensando en okupar una nave, o algún edificio abandonado. Dicen que en la zona del Poblenou hay bastantes espacios desocupados.

—Mira: según las cifras del Ministerio, sólo en Barcelona hay más de trescientas mil viviendas vacías, así que imagino que las habrá por todas partes. La cosa es que no te instales para que te desalojen a los cuatro días, porque así no adelantamos nada.

—Para eso hay que ponerse en contacto con los de la Asamblea de Okupas, ellos controlan qué pisos o naves se pueden okupar y cuáles no.

Cuando yo llegué a Barcelona, en 1986, tenía dieciocho años y ánimos rebeldes. Entonces se llevaba mucho lo de la okupación, con K, que consistía en un movimiento reivindicativo contra la especulación y la proliferación de viviendas vacías. Todo aquello no desapareció, al menos no del todo, pero perdió visibilidad durante los años en los que atábamos los perros con longanizas.

Aquel 12 de septiembre de 2012 sentí mi tercer crac, que, a diferencia del primero y el segundo, no era exactamente un crac negativo, sino la evidencia, como una pedrada, de una dejación tremebunda, una dejación de dos décadas, una forma de ser social tóxica, infantil y dependiente. Con las palabras de aquella mujer me vinieron a la memoria los movimientos de okupación y las objeciones de conciencia de los primeros noventa, los restos de lo que había sido el movimiento asociativo en las ciudades, las luchas de personas organizadas. Y por primera vez entendí, más de un año después, el 15M y los movimientos de los indignados. Me interesé por las actividades de Stop Desahucios y la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y comprendí cierta imagen difusa que me venía de algunas visitas a Holanda o a Alemania: la sensación de una población adulta, responsable de sus actos y sus omisiones, la posibilidad de vivir bien sin hacer alarde, la conciencia ecológica sin imposiciones, el compromiso con la sociedad, una cierta manera de ser culto cotidianamente y sin alharacas. Ahí estaba la desobediencia, la imprescindible desobediencia a aquello que no consideras justo. Y el concepto de autoridad, que en España es hijo de cuatro decenios de dictadura y siglos de Iglesia católica, más la mediación de una transición democrática basada en el engaño y madre de una monarquía instaurada por el tirano, muerto de viejo en su cama, silenciadas las disidencias por unos medios de comunicación con demasiados intereses en el poder como para

ser críticos, realmente críticos. Así que aquí se han dado por supuestas la obediencia ciega a la autoridad y el respeto sin fisuras por sus representantes.

Tuvo que llegar aquella posibilidad de okupación a los cuarenta y cinco años y con dos hijos: plantearme muy en serio la posibilidad de juntarme con otras madres en mi misma situación —muchas de las parejas desahuciadas se rompen por el camino— y okupar un solar o un inmueble, o incluso un edificio, y construir allí una nueva forma de vivir en esta sociedad que sin duda nos excluye. Pensar en serio en la exclusión social. Saber que no es lo mismo la pobreza que la exclusión; entender que, entre los que estamos en la parte de abajo del territorio partido por la grieta, muchos somos sencillamente excluidos. No tenemos poco, sino nada. Ni esperanza de tenerlo en las condiciones en las que aún se manejan las personas que no han perdido la posibilidad de ganarse la vida. Nosotros somos los que no esperamos ya el principio de mes, ni podemos distinguir entre los días laborables y los otros. Yo, agarrada a mis textos, a mis novelas y a mi notrabajo, pedaleando para no caerme, con dos críos cargados a la espalda, de golpe recordé que no se debe obedecer lo que no se cree justo, y que las autoridades sólo tendrán respeto si se lo merecen. Habían hecho falta cuatro años de empobrecimiento radical y de maltrato a la sociedad por parte de sus políticos para que recuperara aquello que tuve. Para que el tercer crac me rompiera lo que quedaba de entonces. Y de nuevo tuve que enunciarlo para que sucediera, porque ya estaba dentro, por supuesto que estaba; pero lo que no se enuncia, de alguna manera, no existe.

Tuve que escribir que yo ya no soy una mujer pacífica, y que por eso no acudí a las manifestaciones del 25 de septiembre en Madrid.

10 de octubre de 2012

Frente a mí, el tipo de la Cruz Roja asegura que en España más de dos millones de niños viven por debajo del umbral de la pobreza. Mis hijos ya

duermen mientras, en Grecia, los que se han echado a la calle contra la Merkel, los últimos de ellos, se retiran a sus casas, curan sus heridas.

Yo no fui a la puerta del Congreso de los Diputados el pasado 25 de septiembre, y me moría de ganas. Había buscado un coche, uno de los que iban, para viajar gratis.

Usted que lee esto, párese aquí y conteste: ¿llevaría a comer a sus hijos a un comedor social de la Cruz Roja?

El tipo de la Cruz Roja sigue dando cifras. Son más del 27 por ciento los críos españoles pobres. Me doy cuenta de que mis hijos están en ese 27 por ciento, incluso lo escribo, pero ni aun escribiéndolo me lo puedo creer. Yo qué sé, ¿cómo íbamos a imaginarnos hace nada, cómo iba yo a pensar que existiría ese 27 por ciento, y más, cómo pensar que dentro estarían mis niños?

Yo no fui a las puertas del Congreso a Madrid, y bien que quería, porque lo único que les falta a mis hijos es una madre lisiada. No fui porque yo allí no me iba a quedar callada y quieta. ¿Cuántas veces ha ido a buscar usted el kit familiar de auxilio de la Cruz Roja? Veo a un griego con la cabeza abierta. Yo no fui a Madrid porque tanta porra y tanta valla y tanta declaración imbécil son gasolina para mi furia. No ir fue la única manera que encontré de evitar la agresión física. La mía, la suya.

Si usted tiene hijos sabrá a qué me refiero. Si te tocan los hijos es mucho peor que si te tocan la cara, infinitamente peor. Por eso yo ya no soy pacífica. No puedo. Ya sé que a los tranquilos, y a los del Congreso, y a las de la mantilla, y a los analistas y comunicadores, esto de la agresividad les parece intolerable, una falta de respeto, incluso una grosería. Recuerdo cuando me lo parecía a mí también. ¿Cuántas cuotas de comedor le debe usted al colegio? Pero cómo iba a imaginar todo esto, los más de dos millones de niños pobres en esta sociedad rampante hasta hace nada; cómo pensar que a mí, pacífica ciudadana, la rabia y la impotencia me iban a impedir salir a gritarles a esos señores que su irresponsabilidad y su incapacidad no se protegen con cuatro vallas y cuarto y mitad de pasma.

Yo ya no soy pacífica y tuve que echar mano de mi última pizca gandhista para quedarme en casa. Pero habrá a quien ya no le quede ni esa

pizca —¿cuántas veces ha alargado usted la leche con agua?— y se eche a la calle y estará violento, claro. Violento, como yo.

Yo me acuerdo de todo

Fuera solomillo, entrecot, pato, ternera, rape, gambas, merluza, pescadilla, gallo, lenguado, fruta fuera de temporada, jamón serrano, roquefort, crema hidratante, suavizante de cabello, perfume, ropa, zapatos, esmalte de uñas, cosméticos, restaurantes, coctelerías, taxis, aviones, AVE, medias, sujetadores, peluquería...

Ante el espejo del baño parezco el payaso listo. La crema se llama Mustela y llevará en casa cerca de cuatro años, desde que nació la pequeña. Desde que me dieron la patada en los riñones, o sea, desde que ruedo por la escalera de Niesen. Maldigo a quienes me mandaron #alaputacalle, sobre todo, porque no puedo desligar el nacimiento de mi hija Pepa de aquella sensación de ahogo, de vértigo, aquella forma de sentir que ya bajo mis pies no había suelo, de ser el coyote que ha dejado atrás el precipicio pero aún mueve las piernas ante la mirada más bien indiferente, bipbip, del correcaminos. La crema. Es uno de esos ungüentos casi sólidos que se usan para poner en el culo del bebé contra las rozaduras del pañal. No he dejado de verla desde que entró en casa, aunque no tengo claro dónde, en una cestilla que da vueltas por el dormitorio de matrimonio, en el estante del baño; forma parte del mobiliario doméstico. Mi cara blanca.

Cuando todo esto, el asunto de mi desahucio, empezó a rodar por ahí, a circular entre las mesas de los medios de comunicación, Joana Bonet, directora de la revista *Marie Claire*, me pidió una crónica de mi desahucio, un artículo en primera persona. A esas alturas, yo esa crónica ya la había escrito tres o cuatro veces para tres o cuatro medios distintos, y tenía claro que la de *Marie Claire* no podía tener el tono de una pieza para un diario, ni basarse en mis opiniones políticas, mis soflamas reivindicativas ni en los

datos económicos en sentido estricto. En fin, sí podía, pero pensé que el tono debía ser otro; hay tantos puntos de vista desde los que encarar el tema como escalones tiene el monte Niesen. *Marie Claire* es una revista comprada y leída por mujeres de entre treinta y cincuenta años, urbanas, lo que llamaban profesionales de clase media, media/ alta. Eso me ofrecía una posibilidad de relato que me estaba haciendo mucha falta. El proceso de miserización de una mujer que echa de menos la crema hidratante. MISERIZADA es una palabra que me gusta para definir todo esto. Y si no existía, ya existe, ¿no la ve escrita?

Pensé: No quiero que escriba la periodista con datos, ni la madre aterrada, ni la desahuciada con soflamas, ni la denunciante violenta. Tengo una parte íntima, lejos de éas, que sufre por el deterioro de mi aspecto, de mis hábitos, de mi salud (física y mental). Era consciente de que no podía contar todo eso en otros foros, como sé que cuando lo lean ciertos sectores me van a tachar de frívola, etcétera. No es la primera vez. Los entiendo, y sin embargo me interesa mucho toda esta parte de la historia: cómo afecta la pérdida de las cosas pequeñas, de los afeites. Lo mismo que sería muy revelador preguntarles a los matrimonios expuestos a este tipo de situaciones extremas cómo ha afectado todo a su relación de pareja, al sexo, a las caricias, a las complicidades, a la confianza en el otro.

La preocupación por la crema hidratante y la calidad de los coitos se aleja bastante del discurso de los medios de comunicación sobre la analfabeta crónica que firmó su hipoteca con el dedo, bañada en lágrimas. Pero también está a años luz de esa tendencia, flor de crisis, que llama a eliminar el consumo de todo lo que consideran innecesario, y que además te culpabiliza en el caso de que lo eches de menos. Daría una teta por una crema de día contra las arrugas, un sérum hidratante para el pelo, un tarro de suavizante bueno, una copa de champán, unos zapatos nuevos, una sesión de tinte en la peluquería, un vestido de primera mano... Oh, cielos, qué imperdonable frivolidad.

Conservo el primer borrador de aquel texto que envié a *Marie Claire*; vale como resumen de todo esto, otro punto de vista. Y sí: mientras posaba para la sesión de fotos de Paola de Grenet, la duda de la culpa que un

posado lleva consigo olisqueaba mis botas en busca de la parte blanda para hincar el diente.

En mi libreta:

En el eje está la crema hidratante. Puede parecer una tontería. Delante del espejo miro mi cara envejecida, gastada. Pienso: Son cuatro años ya. Estoy en mi Año #4. Más de dos sin dinero. El eje son los gestos cotidianos, crujen, reparten sus pliegues de miseria, y desaparecen.

Año #1 (2009): Indemnización, paro, vendrán más cosas, no nos preocupemos, hazte autónoma, te contrataremos colaboraciones, haz facturas, de esto se sale, soy una profesional... El Año #1 no existe. Me despidieron el 17 de noviembre de 2008. Era la subdirectora del diario *ADN* y estaba embarazada de 8 meses.

Año #2 (2010): Fuera crema hidratante cara, fuera perfume, fuera cualquier gesto cosmético por encima de los veinte euros, no llegará nada, millones de empleos destruidos, cientos de miles de desorientados, gentes y gentes a la calle. Pero aún puedo bromear: Je, je, soy pionera del paro, bienvenidos, colegas de los ERE.

Cuando compré mi piso tenía un sueldo de tres mil euros limpios al mes más colaboraciones en radio y televisión. Yo no soy la desahuciada que tú esperas encontrar. Mírame a la cara. La crema hidratante sobre mi tocador costaba ochenta euros, los frascos de perfume rondaban los cien. Hoy hace un mes acabé de rebañar el último bote de pomada de bebé que circulaba aún por el cuarto de mi hija pequeña (4). Eso también se llama desahucio, entrega Año #4. Como era crema para el culo, dejó sobre la piel una pasta de payaso listo. Y me arañé la cara. Yo me fui a la calle de una patada en el culo en 2008. En 2009 y 2010 recibieron la patada otros más de dos millones. Ellos están acabando el Año #2. El paro máximo que una persona en España puede recibir dura setecientos veinte días. Dos años. Y son tan importantes los años a la hora de describir el avance de la miseria...

Año #3 (2011): Fuera crema hidratante barata, adentro body milk. Granos. Fuera pescado bueno, fuera solomillo, la carne para los críos, fuera caprichos, fuera vicios. Fuera. Fuera las bromas: «Mamá, qué está pasando», «Llame al colegio, por favor, para comentar su deuda». Repaso mis veinticinco personas más cercanas, sólo dos y mi cuñado conservan un sueldo.

Pienso: seis libros, un cuarto de siglo de profesión periodística, carrera, universidad, congresos internacionales. Pienso y pienso y dejo de pensar, porque el batacazo en la cabeza que produce el peso de la culpa al caer consigue enmudecer mi propia imagen, congelada. En el deshielo posterior, otro litro de mí misma, de la que yo era, se colará por el desagüe de la autoestima hacia el pozo negro de lo que no se recupera.

Año #4 (2012): Ante el armario —yo soy lo que parezco, yo parezco lo que quiero mostrar— me digo: Vale, vuelvo al punk, recupero las botas militares de cuando la universidad. Agujeros, codos clareados por el uso, brillos añejos, ropa en jirones. La ropa para los críos. Un desahucio te pilla después de tanto tiempo de ir recordando que eres otra mujer, otra madre, otra persona. ¿Quién soy? El pelo y las uñas han perdido brillo, la piel se vuelve mate y debilita, he olvidado la última vez, hace años, que fui a la peluquería, si no recuerdo mal, invitada por una amiga. ¿Quiénes son los otros? No he olvidado, en cambio, todos y cada uno de los métodos de autodestrucción que he usado en los últimos tres años. Culpa y castigo. La gama entera de tóxicos, camino del olvido. ¿Por qué ya nadie llama? Será por eso. ¿Qué significaban las palabras «contorno de ojos»?

—Quedamos para ir al Premio Planeta, venga, guapa, y así te animas, que es gratis.

Me siento ante mi armario. Me siento y ahí, en el suelo, dejo que caigan las lágrimas. ¿Cómo le dices a un amigo «No voy a tu boda porque no tengo qué ponerme, porque no puedo ir así, joder»? Me repito de nuevo: Soy punk, vivan los agujeros y la ropa heredada. El

Premio Planeta... Y ahí mismo, delante de mi armario sin fondo ni forma, me quedo dormida.

That's all. Una especie de resumen, versión chica, por llamarlo de alguna manera, de la bajada de los míticos escalones del monte Niesen. Efectivamente, aquel día me unté la cara con Mustela porque tenía que ir a una reunión, necesitaba sentirme femenina, algún gesto, la hidratación. Sentía que nada quedaba ya de nada, ni socorro posible. Ante el espejo parecía una versión grotesca, más aún, del payaso listo, y tuve la sensación de haber sido muy tonta, la mujer más tonta de la tierra, y cayó sobre mí toda la culpa que había ido acumulando durante cuatro años de caída. Sabía que estaba muy cerca la orden de desahucio, que llegó a la semana siguiente. Pensé en que cuando una tiene hijos debe hacerse responsable de su bienestar y que yo no había cumplido con eso. Son cosas que no puedes evitar pensar. Entonces intenté quitarme la crema, esa pasta infernal de culo de bebé imposible de eliminar, y me arañé la cara y sé que quise hacerme daño.

Luego, un par de semanas después, llegó aquel tipo con el taco de folios que dicen que me van a echar de casa. Da igual lo que digan exactamente. Me van a echar porque no puedo pagarla, y hay cosas que son de cajón. Ya casi nadie puede pagar casi nada.

Luego pensé en las chicas, en los alrededores. Algunas chicas se han dado al ganchillo y a las agujas de tricotar. Otras a la mala cocaína, a las anfetaminas, qué antiguo, o al caballo. Los chicos han perdido algunos dientes, o todos los dientes. La dentadura es un lujo que aguanta mal las crisis. Entre todos ellos cunde cierta idea de que hay que ser pobre y ser bueno. Me admití la nostalgia de los excesos, los paseos por la ciudad en taxi, ya de madrugada, los paraísos artificiales al ritmo de un pop simplón y sin aspiraciones que abran la posibilidad de amar para siempre durante una sola noche. Ahora cunde la idea del compromiso y también la responsabilidad, la serenidad de los ciudadanos concienciados, y claro, ahí me apunto. Pero yo me acuerdo de todo. Eso le digo a mi hermana. Le digo «¿Te acuerdas de cuando íbamos a peluquerías buenas y nos hacían de todo

y salíamos guapísimas? Pues yo sí, sí que me acuerdo». Le digo «¿Te acuerdas de cuando nos gastábamos sesenta euros en un jersey, ciento cincuenta en un vestidazo? ¿Te acuerdas, hermanita? Porque yo sí, yo me acuerdo de todo». Eso le digo, y luego a veces pienso: Puto compromiso, y echo mucho de menos el rock and roll. Así son las cosas. Yo no quiero ser buena. Ser buena es una idea que me repugna. ¿Te acuerdas de cuando cogía el coche y enfilaba hacia el sur, días y días en ruta? ¿Te acuerdas siquiera de lo que es conducir un coche? Yo sí, de todo me acuerdo: de cines, conciertos, viajes con parada en pensiones portuguesas y hoteles de carretera, de noches y días de rock and roll, botellas de ginebra, seis libros a la semana, tampoco es pedir tanto. O sí, o ya sí.

Eran nuestras posibilidades.

Ahora lo que me gustaría es hablar de sexo, drogas y rock and roll, usted ya me entiende, pero las chicas se han dado a las agujas, a las unas o a las otras, los chicos han perdido los dientes y, aquí, en el suelo, bajo los 11 674 peldaños del monte Niesen, parece que se lleva sentirse culpable por vivir.

De cuando nos comíamos las patas de las sillas en ucronía (II)

Cuando la pequeña se niega a comerse el tapizado de las sillas que heredamos, aludiendo a la monotonía del menú semanal, le recordamos que hay familias que ya han pasado a levantar el alicatado de la ducha, muchísimo más indigesto, dónde va a parar.

En eso, los que pusieron parqué lo tienen mucho más fácil. Masticar madera guarda aún el encanto de lo natural.

Ah, pero aprendemos tanto cada día... Ahora los disfraces son disfraces, los desnudos, desnudos, y aquella ridícula costumbre de adornar los platos, una fantasía francamente infantil.

Cuando escribí este texto, mi presupuesto mensual para comida seguía siendo de cero euros.

Este libro habría sido imposible sin el apoyo de un puñado de personas, y mi vida mucho más difícil. Mi agradecimiento:

A Raúl Argemí, el primero y siempre.

A Txiqui Navarro, Fernando Marías, Lucía Lijtmaer, Soledad Arismendi, Cristina Macía, Mara Lethem, Marc Ripol, May Borraz, Jaume Teixi, Markus Ruf, Alejandro Crimi, Óscar Sáez, Carolina Trigo, Montse Clavé, Paco Camarasa, Paco Ignacio Taibo II, Carlos Zanón, Guillermo Orsi, Willy Uribe, Guillermo Saccomanno, Radamés Molina, Escola Sant Felip Neri, Marta Vidal, Juan Fuertes, Fernando Baeta, Juan Bas, Joaquín García, Jordi González, Mamen Mendizábal, Àngels Barceló.

A Eddy Collins, vivo en mí.

Y sobre todo a Ana Fallarás, María Jesús Sánchez Íñigo y Félix Fallarás.

Cada uno sabe por qué.

Y a Mark Zuckerberg, por la azada.



CRISTINA FALLARÁS, (Zaragoza, 1968), es periodista y escritora. Estudió Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde sigue residiendo.

Ha ejercido como periodista en *El Mundo*, Cadena Ser, Radio Nacional de España, *El Periódico de Cataluña*, Antena3 Televisión, Cuatro televisión, Telecinco y La Sexta, y el diario *ADN*.

Ha publicado los libros *Rupturas* (2003), *No acaba la noche* (2006), *Así murió el poeta Guadalupe* (2009), *Las niñas perdidas* (Premio L'H Confidencial de Novela Negra 2011, Premio del Director de la Semana Negra de Gijón 2012 y Premio Dashiell Hammett de novela negra 2012), convirtiéndose con este último en la primera mujer en recibirlo en toda la historia del galardón. Su novela, *Últimos días en el Puesto del Este*, obtuvo el Premio Ciudad de Barbastro de novela corta en 2011. Además cuenta con

libros traducidos en Francia e Italia y tiene relatos dispersos por una docena de antologías de ficción.

En su último libro *A la puta calle* (marzo 2013) narra en primera persona la crónica de su propio desahucio.

Notas

[1] Presidente del partido político Ciudadanos - Partido de la Ciudadanía. [<<](#)

[2] Cataluña tiene sólo 7 millones de habitantes. <<